

Ametur Cor Jesu

☀ **R.H. Emilio López de Ipiña Aizpuru**

Larrinoa-Gopegui (Álava - España).

6 de octubre de 1939



*Un educador católico Corazonista
que cumplió su misión de llegar a
ser feliz, haciendo felices a los demás...*

Abrazando su Cruz

✝ Barranquilla - Colombia

24 de julio de 2007

HERMANOS DEL SAGRADO CORAZÓN
Provincia de Colombia



Hermano Emilio López de Ipiña Aizpuru

Con su límpida mirada, que se reflejaba en sus ojos azules, llenos de dulzura, nos hizo sentir que éramos amados, con todo el amor que puede transmitir un ser privilegiado colmado de la bondad infinita de Dios.

Hno. Miguel Viana Rodríguez, Superior Provincial

Superior General

Hno. José Ignacio Carmona OI lo, s.c.

Superior Provincial de Colombia

Hno. Miguel Viana Rodríguez, s.c.

Consejo Provincial de Colombia

Hno. José Omar Hoyos Ciro, s. c.

Hno. Ángel David Agudelo Mesa s.c.

Hno. Adolfo Ochoa de Zuazola López de Gauna, s. c.

Hno. Germán Cuervo Herrera, s. c.

Administrador Provincial

Hno. Ricardo Rubiales Gayubas, s. c.

Secretario Provincial

Hno. Gumersindo Cantón Franco, s. c.

ISBN: 978-958-44-2156-2

2007

© **Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón**

Provincia de Colombia

Diagonal 53D No. 21-27

Tels.: 2104391-2350596

Redacción y edición:

Hno. Gumersindo Cantón Franco, s. c.

Efraín Marín Aristizábal

Revisión:

Hno. Germán Sáenz de Zaitegui Ortiz de Zárate, s. c.

Fotografías:

Archivos familiares y provinciales

Diseño de carátula:

José Alberto Torres

Diagramación:

Delfy Jiménez Guarío

Impresión:

EDITORIAL CÓDICE LTDA.

Carrera 15 No. 54-32 Int. I Tels : 2494992 - 2177010

casaeditorialw etb.net.co

Bogotá, D. C.

Nuestra Señora de Estíbaliz,
patrona de Álava



Parroquia de Nuestra Señora
de La Asunción, Gopegui, Álava,
donde recibió el agua bautismal el
Hermano Emilio López de Ipiña.

PRIMERA PARTE

Hermano Emilio López de Ipiña Aizpuru. Una vida ejemplar y de compromiso

I. Su familia, su origen

Nació en Larrinoa, municipio de Gopegui (Álava), España, el 6 de octubre de 1939, en el seno de una ejemplar familia cristiana, conformada por Esteban López de Ipiña y Ana Aizpuru, a quienes el Señor bendijo con seis hijos. Quiso la Divina Providencia escoger a dos de ellos para consagrarlos a su servicio: Nieves, religiosa Marianista y Emilio. Fueron sus otros cuatro hermanos José Luis, Juliana, Milagros y Águeda.



2. Su infancia

Los primeros años de su vida fueron iguales a los de cualquier niño de su época en España: muy difíciles, con muchas privaciones y limitaciones económicas. Pero las dificultades podían ser puestas a un lado cuando la familia estaba unida por la fe y el amor a Dios, el respeto y la caridad al prójimo, y la esperanza de alcanzar la felicidad gracias a la confianza en la Divina Providencia, y a no estar apegada a los bienes materiales.

Bendito el que pone su confianza en el Señor.

Jr 177

No sobra recordar que la llegada de Emilio a este mundo ocurrió cuando estaba finalizando uno de los momentos más aciagos de la historia española en 1939, que nunca debió ocurrir. Si bien el conflicto terminó en ese año, las consecuencias se prolongaron durante un tiempo que parecía de nunca acabar por la escasez de todos los recursos: alimentos, vestuario, utensilios de trabajo, dotaciones escolares. En verdad, la hacienda doméstica de casi todas las familias había quedado reducida a su más mínima expresión.

Muy pocos conocerían hoy cómo fue su infancia, si él mismo no hubiera contado algunos pasajes 67 años después de su nacimiento. Muchos de esos pasajes de su vida fueron muy difíciles, pero siempre ejemplares. El más edificante de todos sus momentos: su entrega a Dios en la vida religiosa.

A Larrinoa hizo el último viaje de su paso por este mundo en el año 2006. La enfermera Marta Luz Pérez

Herrera fue una de las personas que lo asistió durante los últimos tres años de su vida, alternando su abnegado e infatigable trabajo durante el día una semana, y durante toda la noche los siguientes siete días con Luz Marina Cuello Lidueña. La atención y cuidados que estas dos personas brindaron al Hermano Emilio están relatados más adelante de esta primera parte.



Casa de la familia López de Ipiña Aizpuru

Marta Luz Pérez Herrera lo acompañó desde el 1 de julio hasta el 30 de agosto de 2006, a su casa paterna en Larrinoa. Este es el relato de aquello que escuchó de sus propios labios, espontáneamente, sin inhibiciones, más bien con la alegría

y tranquilidad de la madurez espiritual que dan los años:

Allí, en casa de sus padres hizo un recuerdo de cómo era la vivienda en sus primeros años de vida. Donde está el “txoko” (palabra vasca que se pronuncia choco y significa lugar entrañable de la casa), guardaban los animales: una vaca lechera, caballos y un buey. En donde está hoy el garaje, depositaban los alimentos para los animales.

Habló mucho de su niñez. Su casa paterna de Larrinoa, donde nacieron todos los hermanos: Juliana, Milagros, José Luis, Emilio, Nieves y Águeda, era la misma donde habían nacido los abuelos maternos. Relató algunos datos de las penurias familiares durante su infancia. Estaban pasando muchas necesidades. El Papá les decía que cada quien tomara por su lado, porque allí no había para todos. Las privaciones y limitaciones eran muchas.

También recordó que su casa fue blanco de bombas durante la Guerra Civil Española, por allá entre 1936 y 1939.

3. Travesuras

¿Qué podría decirse de un niño que en su infancia no haya cometido travesuras, o haya resultado comprometido en algún incidente doméstico?

Tal vez que estaba enfermo o su coeficiente intelectual era un poco bajo.

Pues bien, Moisés San Mateos, uno de sus parientes, nos hizo conocer los siguientes apuntes pintorescos de Emilio:

-De pequeños se subían al carro en el que se trasladaba el arado a la pieza. ¿Qué les gustaba hacer allí? Columpiarse. En una ocasión basculó el carro y le pilló el dedo corazón de su mano derecha, que desde entonces tenía torcido.

-Sus padres guardaban las manzanas en el desván. Su madre se percató que subía mucho y le registraba para ver si cogía manzanas; todo ello en balde hasta que un día se dieron cuenta de que lo que hacía era tirarlas a la calle para que no se las vieran al bajar y luego cogerlas para comérselas.

-En otra ocasión, estando en una fiesta de un pueblo vecino decidieron doblar el capital del que disponían literalmente. Cortaron por la mitad el billete de “duro” que llevaban y doblándolo cuidadosamente consiguieron que el almendrero no se diera cuenta de la triquiñuela.

-Otro día, tras volver a casa con signos de mareo y malestar, respondió a las preguntas preocupadas de su madre diciendo que algo le había sentado mal. Después se supo que habían cogido, un primo y él, un paquete de tabaco a uno de sus tíos y se lo habían fumado, casi entero, dé una tirada.

-En otra ocasión, apostó, en juegos, con un primo a ver quién era capaz de dejar más gallinas cojas con un palo. A su madre le costó enterarse de que habían sido ellos y no algún depredador nocturno.

-Estando una vez abrevando los bueyes, se acercó hasta el abrevadero una vecina en bicicleta; y no se le ocurrió otra cosa que meterle un palo entre los radios para ver qué pasaba. Evidentemente, el resultado para la bicicleta fue desastroso y para la vecina también.

4. Esfuerzo de superación

El Hermano Francisco Javier Fernández de Eribe envió desde Rentería esta anécdota:

Cuando estábamos pequeños, nuestros padres nos enviaban a llevar las vacas a pastar al monte en la mañana, para regresarlas al caer la tarde. La forma de conducir las era con silbidos. Emilio tendría entonces unos cinco años y trataba de silbar lo mismo que nosotros, que éramos un poco mayores que él (yo de 9 años). Se esforzaba al máximo para imitarnos en la forma de llevar el ganado, pero la resultaba imposible. Desde esa época me llamaba la atención su esfuerzo de superación, virtud que lo identificó toda su vida.

5. El llamado de Dios

Cuando tenía once años -prosiguió su relato Marta Luz Pérez-, hubo un contacto con uno de los religiosos del Instituto de Hermanos del Sagrado Corazón. Ingresó a la comunidad en 1950.

Me fui para el seminario y hasta el día de hoy, nunca me he arrepentido, aunque la alimentación de esa época de postguerra consistía en una dieta a base de patatas con puerros, y para variar puerros con patatas.

Como todos los juniors, usaba la bata. Jugaba fútbol, y escondía el balón debajo de la misma, lo cual exasperaba a sus compañeros. Se divertía haciendo ese tipo

de picardías, pero qué va, era cuestión de juego y diversión y todos en paz. ¡Ah! Recordó que cuando llegó a Barranquilla aguantó hambre, como en su infancia de la postguerra. Fue llevado al médico y el diagnóstico fue física inanición.

6. Amor por el instituto

Con su trabajo para acrecentar la obra de Dios, su consagración al servicio de la niñez y las familias, y en especial por su amor al Instituto, en cuyas filas militó durante más de medio siglo, sin claudicar un solo instante, y sin quedarse con nada de lo que había recibido de la Divina Providencia y de sus hermanos, multiplicó todos sus bienes espirituales, religiosos, personales y los repartió con generosidad.

Si alguien del Instituto, al que amó sin reservas, le hubiese pedido cuentas en algún momento de su vida, le habría presentado el balance más satisfactorio con dividendos tan altos, suficientes para regocijar al mismo Creador:

‘ Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes otros cinco que he ganado’. Su señor le dijo: ‘ ¡Bien, siervo bueno y fiel!; en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor’.

Mt 25 20-21

En el intento por recopilar su obra de misión evangelizadora, pedagógica, administrativa, personal..., solamente ha sido posible encontrar algunos datos y documentos gráficos, que nos muestran su fidelidad, no en poco, sino en mucho. Y por la confianza que desde el seno de su familia aprendió a poner en manos del Señor, casi en todas las obras que le fueron encomendadas desde su infancia, tuvo que partir de cero.

7. Su vida religiosa

Recibió el grado de bachiller en el Colegio Sagrado Corazón de Vitoria (España). Y así como respondió sin vacilaciones al llamado de Dios, siendo todavía un jovencito, también con presteza inscribió su nombre cuando las directivas del Instituto solicitaron candidatos para reforzar la obra que estaba comenzando en Colombia. Su rapidez para aceptar y emprender nuevos retos y hacer las cosas sin pausa, surgía de su gran generosidad y bondad.

En la lectura, el estudio, la investigación, la docencia y los trabajos manuales, era

un verdadero carro de fuego. A estos menesteres se entregaba con ardor, sin descuidar o disminuir el tiempo dedicado a la oración.

Enseñar es aprender dos veces.
Joseph Joubert, ensayista y moralista francés.

Llegó a Barranquilla, Colombia, en 1960, y como si fuera el año 1492, empezó a descubrir con fascinación y el mejor ánimo de servicio, ese Nuevo Mundo, conformado por gente nueva: su lenguaje, que incluye una terminología y acento diferentes a los del interior de este país, y por supuesto a los de su provincia, Álava y, como sabía que donde fueres, haz lo que vieres, no tuvo inconveniente en adaptarse al clima y a la alimentación tropical, distintos a los de la casa paterna y comprender y aceptar su cultura, sus costumbres, su folclor. A estas y muchas otras novedades, el joven Emilio López de Ipiña se integró como uno más, con la convicción de que, para enseñar, tenía que aprender y asimilar mucha información de la nueva comunidad en la cual Dios lo acababa de ubicar.



Primeros años en Barranquilla, atravesando el río Magdalena en el ferry.

La obediencia lo trasladó a la capital colombiana, en donde a la par con la docencia, primero en el Colegio del Sagrado Corazón que funcionó en una casa alquilada en la calle 46 con carrera 15 A, y luego en el Colegio Antonio Nariño I-IH. Corazonistas, situado en la Calle 60 con Carrera 16, destinó parte de su tiempo para estudiar en las universidades La Gran Colombia y Javeriana, donde obtuvo los títulos de licenciatura en Filosofía y Letras, licenciatura en Ciencias Sociales y profesorado en francés.

Tenía una personalidad impactante. No aceptaba la tibieza ni la mediocridad. No admitía el argumento de los pusilánimes: eso no se puede hacer. Como el colegio estaba cerca de la Universidad Nacional, que posee unas buenas áreas verdes, era el sitio ideal para la clase de educación física y los partidos de fútbol. Allí nos dejaba a los alumnos con la boca abierta, al entrar al campo deportivo con su sotana atada a la cintura y verlo cómo se movía. Lo más sorprendente para nosotros era



su forma de levantarse de la gramilla cuando iba a recibir el balón, para cabecear, a pesar de no tener una gran estatura. Era envidiable ver cómo volteaba la cabeza y remataba con una potencia extraordinaria. Pero lo que más nos impactaba de su personalidad, era su mirada indescifrable, casi siempre tras unas gafas oscuras.

Adolfo Beck, periodista, quien fuera uno de sus alumnos en el colegio de la Calle 46.

El Hermano Gumersindo Cantón Franco quiso complementar la última frase del periodista:

Bajo esa mirada se ocultaba una gran bondad.

Y, en verdad, que esa personalidad impactante guardaba un cúmulo de virtudes, que entregaba a torrentes, como lo veremos más adelante.



8. Misión en Ecuador

Pero como en la vida del Hermano Emilio había tiempo para asumir retos y espacio para impulsar obras maravillosas, en 1968 y 1969 hizo un paréntesis en su misión pedagógica en Colombia, para ir a apoyar la docencia evangelizadora en Ecuador.



A pedido de los Padres Capuchinos que trabajaban en Guayaquil y otros lugares del vecino país, y luego de una intensa correspondencia entre Madrid, Roma y Bogotá, la decisión fue puesta en manos del Consejo Regional de Colombia, que se inclinó por Francisco de Orellana, o Misión de Coca, un pequeño caserío enclavado en la confluencia de los ríos Napo, Coca y Payamino en plena selva amazónica del Ecuador, habitada en una de las riberas del primero por los irreductibles indígenas “huaorani”.

¿Quién otro iba a ser escogido para desempeñar la dirección del colegio e internado Técnico-Agrícola Padre Miguel Gamboa de esa Misión Educativa en la selva ecuatoriana? Pues, el siempre decidido e infatigable Hermano Emilio López de Ipiña.

Las peripecias, de cómo se llegaba y se salía de ese lejano y, en ocasiones, lugar de castigo para prisioneros ecuatorianos enviados a colonizar y hacer soberanía, luego de uno de los conflictos armados con Perú, están relatadas en detalle en el libro Educando desde el Corazón, 50 años del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón “Corazonistas” en Colombia (1956-2006). Para algunos, esas peripecias son imposibles de creer, por lo peligrosamente desafiantes y aterradoras.

¡Ah! ¿Quiere saber el amable lector de esta biografía, quién gestionó y dirigió la elaboración del citado libro? ¡Quién iba a ser! El Hermano Emilio López de Ipiña Aizpuru.

9. Superior Regional, Rector, Formador

A la edad de 31 años fue designado Superior Regional del Instituto de Hermanos del Sagrado Corazón en Colombia, cargo que ejerció con mucho acierto y dignidad desde 1970 hasta 1979, tiempo durante el cual confirmó sus dotes de liderazgo. También en 1970 asumió la rectoría del Colegio Antonio Nariño HH. Corazonistas, posición que desempeñó en 1971, 1974, 1975, 1976, 1977 y 1978. Precisamente en esa época, acondicionó la capilla, que además haría las veces de salón de actos, y llevó a cabo la construcción de la biblioteca, y de modernos laboratorios de ciencias Físico-Químicas y Naturales. Igualmente, las habitaciones de la comunidad, para reemplazar las anteriores que eran incómodas.

Una hora antes de iniciarse la jornada escolar se instalaba en la puerta de entrada, para recibir personalmente uno a uno a todos los alumnos, quienes tenían que saludar. Aquel que por descuido, omisión o voluntariamente pasaba de largo, era agarrado por un brazo. No lo regañaba ni le llamaba la atención. Todo lo que tenía que hacer era decir: buenos días Hermano, y ya, al patio a esperar el momento de la formación para hacer la oración y seguir a las aulas, recuerda el profesor Álvaro Espinel del Colegio Antonio Nariño HH. Corazonistas.

Jaime Orlando Garzón, bachiller de esta misma Institución egresado en 1974, médico cirujano, especialista en ortopedia y traumatología de la Universidad Nacional de Colombia, aporta la siguiente nota:

El ejemplo marca y deja huellas más firmes que muchas enseñanzas y conocimientos transmitidos en el aula de clase. Cuando el conductor del bus no llegaba para iniciar el recorrido de recogida de los alumnos, el Hermano Emilio, nuestro rector, se subía al automotor con su sotana, y como el más humilde de los operarios se colocaba frente al volante y cumplía este trabajo. Nadie perdía una hora de clase. ¡Qué ejemplo de amor, sencillez y compromiso con su misión!

10. Su celo y afán por la Casa de Formación Corazonista

Al finalizar labores escolares del año 1971 se trasladó a Medellín, capital del departamento de Antioquia. El cargo de Superior Regional le agitaba su espíritu para salir en busca de una Casa de Formación Corazonista. Su predilección por esta región para edificar el seminario para aspirantes a la vida de los Hermanos del Sagrado Corazón tenía una explicación lógica: Antioquia ha sido una tierra fecunda en vocaciones sacerdotales y religiosas.

Empero, estaba de por medio el avance de las obras del Colegio de Medellín, en las cuales se comprometió, con la convicción de que éste sería el medio más propicio para establecer el seminario. Y así fue. La primera Casa de Formación funcionó al comienzo junto al colegio. Unos años más tarde visitaba continuamente la obra de sus sueños que hoy funciona en Marinilla. Veremos más adelante este resultado.

Para la adquisición del terreno y más aún para la construcción del nuevo colegio de Medellín en el barrio residencial de La Castellana (Carrera 84 con Calle 34), faltaba uno de los recursos necesarios, dinero, porque las arcas de la comunidad estaban vacías. El Hermano Emilio propuso al Consejo Regional la aprobación, y la obtuvo. Él sabía que los demás recursos, en primer lugar la fe y la confianza en el apoyo Divino no faltarían, y la voluntad y el trabajo de todo el equipo humano, tampoco.

El alumnado tuvo que seguir sus cursos en el último edificio. En 1971 comenzaron las obras, que no estuvieron alejadas de sobresaltos. Las aulas fueron ocupadas paulatinamente en 1972 tan pronto estaban habilitadas. Gracias a la Divina Providencia y a una cantidad de dinero recibido con anterioridad de las provincias canadienses, al compromiso fraterno de todo el equipo humano y al entusiasmo y confianza del Superior Regional, fue posible concluirla, para albergar 2.000 alumnos en espacios académicos y deportivos.



La rectoría de esta nueva obra académica que da prestigio a los Hermanos, la desempeñó el Hermano Emilio en 1972, y volvió a ejercer el mismo cargo en 1983, 1984, 1994 y 1995.

II. Hermano sacerdote

Estando en Barranquilla, la Comunidad sintió la necesidad de contar con la asistencia espiritual más cercana de un sacerdote para atender a los hermanos y alumnos, en los colegios de algunas ciudades donde el número de clérigos era insuficiente. Quiso la Divina Providencia que el escogido fuera el

Hermano Emilio, y a su consagración religiosa, se añadió la ordenación sacerdotal.

Recibió la ordenación sacerdotal el día 23 de mayo de 1982, de manos de Monseñor Germán Villa Gaviria. Fue el padre bueno que hizo comprender la Eucaristía con palabras sencillas y con un carisma auténtico.

Abrazando su Cruz



Su primera misa en Gopegui

12. Por fin la Casa de Formación, el seminario en un lugar propio y apropiado



La Casa de Formación, seminario para aspirantes a la vida de los Hermanos del Sagrado Corazón con la cual habían soñado, no sólo él sino todos los superiores regionales y demás miembros del equipo Corazonista, tanto del Distrito como de la Provincia de España, fue hecha realidad entre 1985 y 1986. El deporte comunitario de recorrer municipios, fincas y terrenos se inició bajo la Dirección Regional del

Hermano Francisco Javier Ibáñez. Las caminatas y recorridos se extendieron a una veintena de poblaciones cercanas a Medellín.

El terreno fue localizado en el municipio de Marinilla, pintoresca población levantada a 45 minutos al oriente de Medellín. Las obras comenzaron en 1985. El Hermano Emilio visitó el lugar en varias ocasiones para observar el avance de los trabajos. Inicialmente fueron ocho aulas, oficinas y residencia de la comunidad. Como ocurrió en Barranquilla, Bogotá y Medellín, las obras impusieron muchas privaciones personales y mortificaciones a los hermanos, desde alquilar una casa de una familia amiga, Don Leonidas Gómez y Doña Ángela Gómez, benefactores de la comunidad, hasta llegar a dormir en un cobertizo cuando el avance de las obras exigió la presencia cercana y permanente de los hermanos.



El Hno. Emilio en uno de los jardines del Colegio Seminario Corazonista de Marinilla.

Como dato curioso, a modo de anécdota, podemos contar lo que le ocurrió una noche en la que caía agua a raudales. Dormía el bueno del Hermano Emilio en un cobertizo anexo a la casa en la que habitaba la comunidad, porque en la misma no había habitaciones suficientes para albergar a los hermanos. A media noche sintió en su cuerpo un frío más agudo que otras noches que le hizo levantarse para averiguar la causa del mismo. Cuál no sería su sorpresa al descubrir que era un chorro, literalmente hablando, que caía sobre su cama. Consecuencia: cambiarse de ropa, secarse bien y trasladar la cama de lugar (conste que no había mucho espacio para el reacomodo) y tratar de seguir durmiendo como si nada hubiera ocurrido.

El Colegio-Seminario de Marinilla abrió sus puertas en 1986 con 67 alumnos. Por fin se había hecho realidad el sueño de tener un lugar propio y apropiado para la formación de los llamados por el Sagrado Corazón de Jesús, encargados de continuar la obra del P. André Coinde y el Hermano Policarpo. Ahora sí, el Instituto había echado raíces en Colombia, y ese árbol plantado en tierras fértiles de vocaciones religiosas del nuevo mundo que conoció en 1960, pronto comenzó a producir maravillosos frutos.

¿Por qué Colegio-Seminario? Se pensó en prestar un servicio más amplio a la comunidad de la región. Dentro de la línea de servicio Corazonista fueron abiertas

las puertas a los padres de familia de los municipios cercanos, para que sus hijos tuvieran la oportunidad de formarse en un claustro de calidad y confianza en el aspecto académico y religioso. En el año de la partida del Hermano Emilio hacia la eternidad (2007), el número de alumnos era de 450.

13. Támara (Casanare), otra invitación

En 1973, su generosidad para responder al llamado de la Iglesia lo llevó a Támara, capital de la entonces Intendencia Nacional (hoy Departamento) de Casanare. Esta población está localizada en el pie de monte de los Llanos Orientales de Colombia.



Después del cierre de la Misión de Coca (Ecuador) en 1969, el Hermano Emilio López de Ipiña (designado Superior Regional de Colombia al año siguiente), había conseguido la aprobación para abrir en 1973 un nuevo campo de acción de evangelización pedagógica de características similares a la de Aguarico. Con esa respuesta, la comunidad acató la voluntad del Consejo Provincial de España, que acogió una petición del Vicario Apostólico de Casanare, Monseñor Arturo Salazar Mejía, para llevar la orientación pedagógica del Seminario San José y dirigir el internado en la población de Támara, en las estribaciones de la Cordillera Oriental colombiana.

Cumplidos 13 años de una fructífera presencia corazonista, correspondió al Hno, Emilio atender los trámites para el relevo de los Hermanos al finalizar el año académico de 1986.

14. Regreso a su primera casa en Barranquilla

En 1990 regresó al colegio que había sido su primera casa en Colombia en 1960. Fue rector del Colegio del Sagrado Corazón (Calle 74) de Barranquilla, hasta mitad de año de 1994.

Y como siempre estuvo dispuesto a acatar la voluntad del superior, viajó a Medellín para asumir la rectoría a partir del mes de julio de ese año. Todo

marchaba muy bien. Pero exactamente un año después, a raíz de la muerte del Hermano Benigno Álvarez, en Bogotá, Nieves, religiosa marianista, le pidió al Hermano Gumersindo Cantón, entonces administrador del Colegio Corazonista de la capital de Antioquia que gestionara un examen con el cardiólogo para su Hermano Emilio. ¿La razón? Siempre que viajaba a Bogotá se quejaba de dolor en el pecho. Conviene recordar que la capital colombiana está a 2.600 metros de altura sobre el nivel del mar.

Fue entonces cuando se acrecentó lo que viene a continuación...

15. La purificación cristiana de un religioso ejemplar

Las afecciones que con el paso de los años fueron minando su salud corporal, no eran gratuitas. Provenían de tantos ayunos y deficientes raciones, tanto esfuerzo y trabajo. tantas privaciones, carencias y limitaciones, tanta brega ante el ministerio y las secretarías de educación, tantos encuentros molestos con padres de alumnos indisciplinados y desaplicados, y uno que otro disgusto con profesores y empleados.

Si bien, parecía un roble que llega de pie hasta el final de su existencia, a mediados de 1995, fue conseguida la cita con el cardiólogo en Medellín, y éstos fueron los resultados: el electrocardiograma no detectó fallas preocupantes: no obstante. por aquello de los dolores pectorales a la altura de Bogotá, el especialista ordenó una prueba de esfuerzo, y... el organismo del Hermano Emilio no la superó.

¿Paso siguiente? Un cateterismo. En este procedimiento podría decirse que comenzaron las más duras pruebas para el hombre que no se arredraba ante ningún obstáculo o dificultad, y siempre parecía un carro de fuego con el motor en marcha. Después de la prueba médica, ocurrió un hecho que no podía provenir de otra persona, sino de su siempre eufórico temperamento. Alguien descubrió en su maletín dos cajetillas de cigarrillos.

Emilio, ¿y esto?. le preguntó el Hermano Gumersindo Cantón.

¡Ah!... Yo no sé cómo llegaron aquí, respondió haciendo soltar una carcajada a todos los que lo acompañaban. Y desde ese momento acató con su férrea voluntad, la orden perentoria de los cirujanos: ni un cigarrillo más en su vida.

En verdad, lo vi aquejado por el sufrimiento por primera vez en su vida, pues debió permanecer inmóvil 24 horas, atado a la cama, con muchas molestias;

me sentía culpable de ver que esa situación lo hacía sufrir, comenta el Hermano Gumersindo.

El dictamen y orden del cardiólogo fue perentorio: las coronarias están obstruidas al 90%; hay que hacerle una cirugía de corazón inmediatamente.

Fueron necesarios siete puentes coronarios.

Pasó su convalecencia en el colegio de Medellín. Gracias a su disciplina, más pronto de lo esperado. reanudó sus actividades de una manera normal, que hasta pudo trasladarse a Bogotá sin complicaciones.

El año escolar correspondiente a 1996-1997, lo dedicó a realizar unos cursos de actualización teológico-catequística en el Instituto San Pío X de Madrid. A su regreso a Colombia, en agosto de 1997, se radicó en Bogotá, en el Colegio Corazonista, donde permaneció hasta el año 2000, cuando va definitivamente a Barranquilla.

Continuó su misión de maestro, formador y guía espiritual hasta sus últimos días, al igual que en los colegios de las demás ciudades de Colombia y Ecuador, donde lo llevó la obediencia. Aunque era apasionado por la lectura, y gustaba de estar bien informado, en las horas de descanso de alumnos y profesores. era común verle en el patio, compartiendo y jugueteando con los niños y jóvenes; de la misma manera lo hacía en la sala de profesores con el grupo de docentes. Disfrutaba las anécdotas y recibía de buen grado las bromas, porque también las hacía.

16. Llegan las pruebas más difíciles

En Barranquilla, a donde volvió en el año 2000, vivió pruebas quizá más difíciles que la cirugía del corazón en Medellín.

Marta Luz Pérez Herrera, una de las enfermeras que lo asistió desde el 19 de agosto de 2004 hasta el día de su viaje a la eternidad, recordó que fue llamada para atender durante un mes a un religioso a quien no conocía. Sabía solamente que el día 1 de ese mes le habían amputado la pierna derecha, y requerían de su colaboración para atenderlo con las curaciones, las medicinas en las horas fijadas por los cirujanos, el aseo, acompañarlo a las fisioterapias y controles médicos, y vigilar el estricto régimen alimenticio indicado por los nutricionistas.

Era disciplinado con los alimentos preparados aparte, de acuerdo con la prescripción médica: bajos de sal, la cual tenía que ser sin yodo, nada de grasas; azúcar dietética, líquido en pequeña cantidad y cero licores.

Protestaba cuando le echaban poco vino para consagrar. La capilla, el altar y el cáliz eran preparados con anterioridad, y para mayor seguridad el Hermano Manuel Moreno pasaba revista para que el vino estuviera en una muy pequeña cantidad. Este vino no alcanza ni para mojarse los labios, decía.

Su bondad y la amistad que me ofreció, hicieron que yo confiara en él como si fuera mi papá; fue un buen consejero para mí; le confiaba mis problemas. Me escuchaba y respondía:

“Ese es tu problema, pero en mi caso, yo haría tal cosa... me parece que debes hacer esto o aquello”.

Recuerdo que cuando inicié mi trabajo, él alcanzaba a leer sin mayores dificultades. Pero, debido a la diabetes, el glaucoma se acentuó y le fue deteriorando la vista. No distinguía a la persona que estaba cerca. ¿Quién es este muérgano? Preguntaba. No era una expresión despectiva ni recriminatoria, sino un término amable, de cercanía. Pero, identificaba al visitante cuando escuchaba una palabra de quien estaba al frente.

En esas primeras semanas no hubo mayores dificultades. Su recuperación era aparentemente buena.

17. Como si fuera Job, otra más

En enero de 2005, en un viaje a Medellín para una prueba de la prótesis y prácticas para aprender a llevarla, sufrió una apendicitis aguda. Fue operado de urgencia en esa ciudad el 17 de enero. Su recuperación fue sorprendente, tanto que a las dos semanas fue autorizado para regresar a Barranquilla.

A pesar de todo, el Hermano Emilio no se dejaba derrotar por la adversidad. Conservaba la paz espiritual. la amabilidad con los demás, y hasta sus tradicionales brotes de buen humor.

18. Abrazando su Cruz

Tres meses después, en una junta de médicos fue decidida la amputación de la pierna izquierda.

Cuando recibió la noticia porque no aguantaba el dolor me dijo: “Mírala por última vez. Llama al cirujano y arréglate con él, porque la decisión es irreversible. Hay que amputar/a”, siempre con su característica frescura.

Fue el 27 de abril de 2005.

Obvio, le dolía la pierna izquierda, pero... también los dedos de la pierna que ya no tenía. Era tan intenso, que le hacía brotar más de una lágrima. Sufría, es cierto. Pero en ningún momento renegó de su situación. Con seguridad, ofrecía esas mortificaciones al Señor. Excelsa forma de purificación.



Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor.

Salmo 1

El cirujano le hizo la siguiente observación: Hermano Emilio, ese es el dolor fantasma de la pierna que ya no tienes.

A lo cual él replicó: Sí, la parte que me falta del cuerpo puede ser fantasma pero el dolor no, porque el dolor lo siento yo, y remataba con una carcajada. Todos reían. Esa paz no podía venir de ningún lado diferente, sino de arriba.

Los medicamentos prescritos por los especialistas -para este dolor que me viene batallando- obraban sólo en algunos momentos. En ocasiones el dolor desaparecía sin ningún fármaco.

Al regresar al colegio, los profesores y por supuesto los alumnos, acudían solícitos a darle compañía y solidaridad; no faltaba aquel que lo compadecía; pero él, que desde muy niño tuvo que enfrentar momentos durísimos de la vida, por el contrario, le reconfortaba y le daba valor y lo animaba diciendo:

‘Hace rato no me sentía tan bien como ahora, además, observen cómo no ando en malos pasos.’

¿Pero Hermano, de verdad cómo se siente?, insistían.

¿Acaso no se dan cuenta que todo marcha sobre ruedas?, decía tomando con sus manos la silla en la que se movilizaba. ¡Seguro! Para él no era una simple silla. Sin lugar a dudas era su Cruz. Cuando así las ruedas con sus manos, sabía que se estaba aferrando con toda su fuerza, con entereza a la Cruz que le había sido entregada por el propio Jesús a quien tanto amaba, y de quien había recibido todo en esta vida. Por eso era verdaderamente admirable tanto valor y tanta confianza. ¿En quién más sino en Aquél que sin haber cometido la más mínima falta sufrió lo que jamás nadie ha padecido, hasta morir colgado de una cruz?

El que no lleve su cruz y venga detrás de mí, no puede ser discípulo mío.

Lc 14 27

Esa frase ¿acaso no se dan cuenta que todo marcha sobre ruedas?, es una invitación permanente para que todos nosotros no tengamos miedo en recibir y cargar nuestra cruz.

19. El suplicio no concluía

En mayo de 2006 fue operado para cambiarle el humor vítreo, y en diciembre le aplicaron una muy pequeña dosis de una ampolla de Avantil, prescrita por el oftalmólogo para frenar el avance del glaucoma. También fue intervenido con rayo láser para mejorar estas correcciones.

Como era tan aficionado a la lectura, se veía obligado a utilizar una lupa especial, pegada al texto.

Y otro de sus pasatiempos, los noticieros y documentales en televisión exigían una cercanía excesiva a la pantalla, lo cual tampoco es recomendable para ninguna persona con toda su salud.

20. Último viaje a su Patria

El 30 de julio del año 2006 celebró en Vitoria con sus compañeros, las Bodas de Oro de Profesión Religiosa. La asistencia fue nutrida. Estaban sus hermanos Juli con

su esposo y dos de sus hijos, Milagros y su esposo, Nieves, José Luis y Tino uno de sus grandes amigos; los hermanos de la comunidad y sus familiares. El Hermano Emilio concelebró la Eucaristía, tuvo unas palabras para todos en el momento de la homilía. Aprovechó esa oportunidad para invitar a sus hermanos y demás parientes, a sus compañeros y viejos amigos, a celebrar un nuevo y definitivo encuentro colmado de felicidad, en la Casa del Padre Celestial.



1. Habló de la Santísima Virgen María, de su bondadosa y compasiva intercesión.
2. De su infancia feliz en casa de sus padres. ¡Qué alma tan grande y positiva la suya! En ese instante tan sublime, la celebración de la Eucaristía, sólo tuvo recuerdos alegres de su vida de niño.
3. Hizo un breve comentario al llamado vocacional.
4. Habló sobre el significado de la vida religiosa, y la respuesta que deben dar los que son llamados.
5. Como era de esperarse, relató algunos hechos de su paso por Colombia durante 49 años.
6. Como lo saben hacer las almas grandes y generosas, pidió perdón por sus errores y dio gracias a sus hermanos, cuidadoras y alumnos.



Con sus 50 años de vida consagrada a Dios y al servicio del prójimo, hizo llegar un mensaje a todos sus hermanos para que conserven la gracia de la perseverancia en la vocación.

Reconfortado espiritualmente por la oportunidad del reencuentro con su familia y sus hermanos en Cristo, regresó a Barranquilla el 30 de agosto. Era consciente que había sido el último viaje a su patria en esta vida. Por eso los invitó al nuevo y definitivo encuentro en la Casa Celestial.

Un mes después participó en Barranquilla. en la celebración del cincuentenario de la llegada de los Hermanos Corazonistas a Colombia.

21. Como si todos los padecimientos anteriores no hubiesen sido suficientes...

El 24 de diciembre de 2006 amaneció entusiasta, animado y dicharachero. A las 4 de la tarde pidió que lo comunicaran con todos sus hermanos y sobrinos residentes en Larrinoa. Hijona y Vitoria. Ese entusiasmo pudo ser uno de los factores desencadenantes de la recaída, porque en la cena habida en el Colegio de la vía a Puerto Colombia, con motivo de la Navidad, no quiso recibir alimentos. Se sentía incómodo, con una falsa llenura estomacal. porque no había ingerido bocado alguno.



Pidió ser llevado de regreso al colegio de la Calle 74. No quiso ir a la cama a pesar de la hora. 2 de la madrugada. Prefirió quedarse frente, muy cerca del televisor. La enfermera le preguntó si le apetecía algo, pues en la cena no había probado bocado alguno, o si sentía alguna afección.

Me duele el brazo, el brazo izquierdo. dijo.

¿Le duele el pecho? Le preguntó la enfermera.

Sí. Respondió. He sentido dos dolores fuertes.

Llamaron al cardiólogo pero no respondió. Su teléfono móvil también estaba apagado.

El doctor Carlos Cure, el endocrinólogo, sí atendió el llamado telefónico, y sugirió llevarlo a la clínica. Allí le tomaron los signos vitales y aparentemente todo estaba bien: la presión arterial y la glucometría.

Pero, cuando le hicieron el electrocardiograma, el comentario de la doctora de turno en urgencias fue: está infartado. No se lo dijeron a él, sino a la enfermera. Por disposición de los facultativos fue llevado a la Unidad de Cuidados Intensivos coronarios (UCI), en la Clínica La Asunción. El día 26 le iniciaron un cateterismo, el cual no fue terminado porque el doctor dijo que si proseguía, el paciente se quedaba en el procedimiento. Entonces, fue retornado a la UCI.

El 27 presentó mejoría y fue trasladado a una habitación, pero ese mismo día fue regresado nuevamente a la UCI, porque hizo retención de líquidos y registraba dificultad respiratoria. Controladas y estabilizadas estas dificultades, los médicos autorizaron una vez más su traslado a la habitación.

El 31 de diciembre perdió la noción del tiempo y comenzó a hablar incoherencias. Estaba despierto. Quizá él creía que todo lo que decía, tenía sentido, pero sus palabras eran incomprensibles para las personas que estaban cerca. Ante esta situación fue llevado nuevamente a la UCI, donde permaneció siete días, al cabo de los cuales fue trasladado a la habitación. Sin embargo, su mejoría no fue del todo satisfactoria, por lo cual, los médicos, después de 22 días de hospitalización, ordenaron su regreso al colegio, para evitar un virus hospitalario. En casa fue necesario adoptar mayores medidas de precaución, especialmente horarios estrictos para su alimentación, y riguroso control del horario para sus medicamentos.

El testimonio más sentido de quien está a un paso de ver a Dios cara a cara y sin temor

23 de junio de 2007

Tarde en el Colegio del Sagrado Corazón

Dr. Jorge Eskaff, médico psiquiatra

Ex alumno del Colegio del Sagrado Corazón de Barranquilla

El Hermano José María López me llamó porque el Hermano Emilio estaba muy dormido. “Quién sabe qué le habrás mandado que lo tiene así...-. Bueno, yo fui a verlo al colegio.

El Hermano Emilio estaba sentado en la sala de comunidad, muy cerca del televisor, porque no veía bien. Después de saludarnos, le pregunté si se sentía muy somnoliento y me dijo: *No entiendo nada. Si duermo es malo, y si no también. Lo que pasa es que no pueden ver a un pobre feliz.* La enfermera que lo cuidaba confirmó esta información y salió de la sala para que pudiéramos hablar. Le pregunté si estaba tan bien como aparentaba. Me dijo: *Yo no tengo por qué aparentar delante de nadie. Yo muestro lo que siento y cómo me siento.* Claro, me disculpé por la palabra, y luego decidí hablar abiertamente sobre su situación de enfermedad y alto riesgo de morir. Dijo: *Hace muchos años he puesto mi confianza en el Señor. Todo esto no ha sido una prueba para mí. Por eso he estado bien siempre. El proceso de enfermar y morir es el mismo. Yo estoy listo para lo que venga.*

La conversación prosiguió ahondando en el tema y dijo: *Las razones no las conozco. Eso toca preguntárselo a Él. Yo sólo he hecho lo que he creído que Él quería de mí.* Le inquirí cómo era eso de saber la Voluntad de Dios. Me dijo: *Bobo, ¿cómo lo voy a saber? ¡Cómo voy a entender que un día estaba con mi papá y mi hermano en la huerta de la casa! Llegaron los Hermanos, a quienes nunca había visto en la vida. Me invitaron a entrar en el seminario, y al día siguiente estaba allí. A los 11 años, hasta hoy. ¿Cómo lo voy a entender? ¿Por qué yo? Además. ¡así de enfermo! Hay que preguntárselo a ÉL.*

Le pregunté si él creía que iba a resucitar. *Nosotros los cristianos creemos en la Resurrección. Allí está nuestra esperanza. Si tú lo que quieres son pruebas, estás perdiendo el tiempo. No las hay.* -me respondió. Transcribo lo que recuerdo de aquel día. Él lloró un poquito, cuando me habló de una hermana suya que estaba enferma en España y no la podían estabilizar.

Yo también lloré otro poco, pero no se dio cuenta. Me reclamó por mis horas de trabajo al día. Cuando le dije que era por darle a mi mamá lo que necesitara, comentó: *y acaso, ¿tú estás solo? Tus hermanas, ¿no cuentan?*

Era un “paciente” difícil para mí. Primero, porque era él, el Hermano Ipiña, como figura a imitar y respetar; segundo, por la fe tan grande que mostraba, que lo protegía de la enfermedad, que yo creía como psiquiatra, que él “debía tener”, con su problema cardíaco, renal, visual y de amputación. Además, aún en la “consulta”, estaba pensando en mí y en cómo ayudarme a vivir mejor, entendiendo más la vida y el sufrimiento.

Julio de 2007:

La Pascua del Hermano Emilio López de Ipiña

Cronología de sus últimos momentos

El Hermano Emilio, quien nunca conoció la fatiga, dio ejemplo en el cumplimiento de sus obligaciones, con Dios y con sus compañeros de viaje en la peregrinación por esta vida mortal, hasta el último momento en que tuvo fortaleza y conciencia corporal, porque su espíritu nunca estuvo débil.

Como el Hermano Policarpo sólo esperaba descansar en la eternidad.

Aunque en ocasiones le dolía parte de su cuerpo. aquélla que ya no tenía -sus dos piernas-, su alma permaneció alegre y presta a cumplir sus compromisos con Dios, sin dejar de atender a sus hermanos.

El siguiente relato cronológico hecho por los hermanos José María López y Agustín Navarro, recoge las setenta y dos horas previas al paso que dio para ir a atender el llamado del Padre Celestial.

Sábado 21 de julio de 2007. Presidió la celebración Eucarística de las dos comunidades de Hermanos (Colegio de la Calle 74 y de la vía a Puerto Colombia), que tradicionalmente se congregan en el primero. el último día de la semana. Dada la limitación severa de su vista, los hermanos Agustín Navarro y Jorge García hicieron las lecturas. El Hermano Emilio se limitó a realizar la consagración de la Sagrada Eucaristía. Concluida la Santa Misa, los hermanos compartieron la cena. Emilio se retiró temprano a su aposento.

Domingo 22 de julio. Como de costumbre, los hermanos de la Calle 74 se trasladaron al colegio de Puerto Colombia para comer juntos. El Hermano Agustín observó algunos síntomas de malestar en el Hermano Emilio, y por ese motivo le preguntó: *¿No te ha gustado el almuerzo?* El le restó importancia al asunto y le respondió: *Siento los dolores psicológicos de las piernas amputadas.* Otra vez volvía ese dolor fantasma que lo mortificó durante tres años.

Al caer la tarde. se trasladó de nuevo a su colegio de la Calle 74. La enfermera Martha Luz Pérez Herrera reportó en la mañana, que el Hermano Emilio no quiso cenar y tampoco pudo conciliar el sueño. A las 4 de la madrugada se sintió

mal. A pesar de la hora tan temprana, lo trasladó a la ducha y llamó al Hermano José María López para que le ayudara a vestirlo. Transpiraba de tal manera, que era imposible sostenerlo con las manos. Fue necesario ayudarse con una toalla para conseguir moverlo.

Lunes 23 de julio. A las 5 y 30 de la mañana fue solicitado el servicio de una ambulancia y, después de muchos trámites con los empleados de la empresa, fue llevado a la Clínica La Asunción, en donde recibió atención inmediata en la Unidad de Cuidados Intensivos (UCI). El Hermano José María López, y las dos enfermeras Martha Luz Pérez Herrera y Luz Marina Cuello Lidueña, quienes desde meses atrás venían acompañándolo las 24 horas del día, permanecieron atentos en los pasillos, y en la habitación contigua a la UCI durante todo el día.

Su partida

Martes 24 de julio. El Hermano Emilio López de Ipiña Aizpuru regresó a la Casa del Padre Celestial a las 4 y 30 de la madrugada.

De acuerdo con el testimonio de los médicos: Rafael Garrido, Rafael Pantoja, Gildardo Aza y Carlos Cure y de las enfermeras que lo asistieron en sus últimos momentos, el Hermano Emilio no padeció sufrimientos en esos instantes; conservó en su rostro su habitual expresión de paz y tranquilidad.

De inmediato, los HH. César Fonseca, José María López y Agustín Navarro, comunicaron la noticia a todos sus familiares y a los Hermanos de la comunidad. El velatorio tuvo lugar en la capilla del Colegio de la Calle 74, comunidad con la cual compartió y entregó solícito los últimos años de su vida.

El mismo día martes 24, los Hermanos José Ignacio Carmona, Superior General, y Miguel Viana, Superior Provincial, quienes se encontraban de visita en la delegación del Perú, fueron informados y de inmediato gestionaron el cambio de los billetes, para poder asistir a tiempo a las honras fúnebres, programadas para el miércoles 25 a las 12 horas, en el coliseo del Colegio de Puerto Colombia.

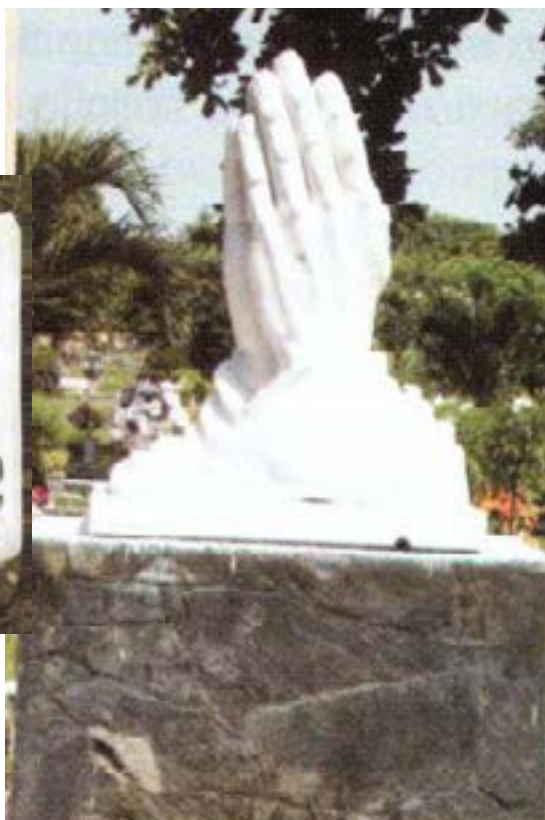
La Eucaristía - Honras fúnebres

El señor arzobispo de Barranquilla, monseñor Rubén Salazar Gómez presidió la Eucaristía. concelebrada por Monseñor Víctor Tamayo y los padres Luis Angulo y Fidel Iglesias.

Asistieron Hermanos de todas las comunidades, y numerosos alumnos, ex alumnos, padres de familia y amigos.



Sus restos mortales fueron inhumados en el cementerio Jardines del Recuerdo.



Como el relato bíblico del Libro de los Reyes, el Hermano Emilio López de Ipiña fue...

Un verdadero carro de fuego

Palabras del Hermano Miguel Viana R. Superior Provincial en la Eucaristía del funeral del Hermano Emilio

Queridos amigos del Hermano Ipiña:

Al encontrarnos hoy para acompañar a nuestro Hermano y amigo, al inicio de esta celebración, quiero expresar, con mucho cariño y emoción, tres palabras: Una de recuerdo, una de admiración y otra de agradecimiento.

De recuerdo, de aquel año 1960 en que llegaste a Colombia, con la ilusión de tu juventud y con muchas ganas de trabajar. Te gastaste y te entregaste en aquellos años difíciles de la fundación. Todos los comienzos son difíciles. Cuando se inicia un colegio nuevo, cuando se viaja a otras tierras... Fueron años de penuria y de necesidad, pero nunca decayeron tu ánimo ni el de tus compañeros fundadores. Eran días en que no había mucho para comer. Tiempos en que había que esperar el pago de las pensiones de los alumnos para poder comprar un par de zapatos... El año pasado celebramos estos 50 años de la Fundación y recordamos muchos de estos momentos que a ti te tocaron vivir.

Condujiste la comunidad durante nueve años como Director Regional. Trabajaste como obrero cuando las necesidades lo requerían, como jardinero y como carpintero... En todos los colegios por donde pasaste quedan los recuerdos de tus obras y de tus trabajos realizados.

Así como el Papa Juan Pablo II ha sido el Hombre grande y valiente para la Iglesia. así has sido tú para la comunidad corazonista. Cuántas veces te tocó pelear ante Ministerios de Educación y otras entidades para sacar a los alumnos adelante, luchando por una Educación de calidad y de exigencia.

Fuiste grande por tu dignidad y por tu aceptación del dolor en tu larga enfermedad. Siempre con una palabra de buen humor para quitar importancia a tus dolores.

Grande por tu capacidad de trabajo y por tu sabiduría. Hasta los últimos días te dedicaste a animarnos e instruirnos con el Boletín de la Identidad Corazonista que dirigías a todos nuestros centros educativos. Así, nos enviaste tu último cuaderno que ha quedado para nosotros como legado de tu ciencia y sabiduría. Cuántas horas gastabas en estos trabajos por tu gran dificultad para leer los caracteres de la computadora a causa de tu desmejorada visión. Pero hasta el último minuto te dedicaste a esta labor para ser útil a los demás.

Y un recuerdo especial y de acompañamiento para tu hermana Nieves, religiosa Marianista y a tus demás hermanos, José Luis, Juliana, Milagros y Águeda. Sé que ustedes están muy orgullosos de su hermano, como nosotros también lo estamos. Una palabra de admiración y de deseo de parecernos a ti. Nosotros queremos tener ese espíritu de sabiduría, de trabajo y de alegría que te caracterizaron. En el libro segundo de los Reyes, el profeta Eliseo pedía a su Maestro Elías, cuando era arrebatado al cielo en un carro de fuego:

Padre mío, carro y caballería de Israel, dame como herencia los dos tercios de tu espíritu.

También hoy, nosotros queremos pedir al Señor que nos conceda el espíritu de fortaleza, de trabajo y de sabiduría que te identificaron.

Es notorio que con las iniciales de tu nombre y apellidos, se forma el nombre de Elías: E-milio, L-ópez de I-piña, A-izpuru. Pero esto no es coincidencia porque tú has sido para el Distrito de Colombia un “carro de fuego” que arrastró de todos nosotros con tu ejemplo y tu fortaleza. Siempre nos dirigiste con esa energía que te caracterizaba por los senderos del trabajo y de la justicia.

La admiración se ha ido acrecentando hasta rayar el heroísmo por tu actitud frente al sufrimiento y al dolor. Testigos de esta fortaleza y del humor para sobrellevar el sufrimiento han sido los Hnos. José María, Jesús Ignacio y los Hermanos que convivieron contigo en estos años de tu enfermedad. Sin olvidar a las enfermeras Marta y Luz Marina que con tanta dedicación y cariño te cuidaron. Todos han sido testigos de que en tus labios tenías siempre una palabra de humor para mitigar el sufrimiento. Tenías que llevar a la práctica lo que escribiste en tu último boletín sobre el Educador Corazonista: “Lo más importante en la vida es: SER FELICES Y HACER FELICES A LOS DEMÁS”. Con este legado nos haces sentir que la única manera de ser felices es tratando de salir de nosotros mismos para hacer felices a los que con nosotros conviven. Muchas gracias por el ejemplo que nos brindas,

porque fuiste un caballero frente al dolor y frente a las dificultades que la vida te deparó.

Por último, una palabra de agradecimiento a todos los que nos acompañan. Al Hermano José Ignacio, Superior General de los Hermanos Corazonistas que ha venido a acompañarnos en este momento del “hasta luego” y a todos los hermanos y amigos que nos acompañan. A Monseñor Rubén Salazar Gómez, Arzobispo de Barranquilla, a Monseñor Víctor Tamayo y Luis Antonio Nova, Obispos Auxiliares de la Ciudad, así como a los Padres Luis Angulo y Fidel Iglesias, que presiden esta Celebración Eucarística. Agradecimientos a todos los doctores y enfermeras que le asistieron. En este momento recuerdo al Dr. Issa Abuchaibe, que tanta amistad y cuidados ha tenido con todos los Hermanos de la comunidad, al Dr. Gildardo Aza, quien le intervino quirúrgicamente, al Dr. Carlos Cure, Dres. Pantoja y Garrido. Sin olvidar a nuestro doctor y amigo Jorge Escaf que en todo momento acudía cuando se le necesitaba para prestar su solícita atención. Especial agradecimiento a las enfermeras Martha y Luz Marina que con tanto cariño le atendieron en los difíciles momentos de su enfermedad.

Todos te decimos: “hasta pronto Hermano Ipiña”, porque no te vas del todo. Por tu recuerdo, admiración y agradecimiento te quedarás en nuestros corazones por siempre y hasta la eternidad.

SEGUNDA PARTE

El legado del Hermano Emilio López de Ipiña Aizpuru

La espiritualidad de nuestra pedagogía, y la pedagogía de nuestra espiritualidad

El Hermano Emilio López de Ipiña no conoció la fatiga ni la tristeza. Por el contrario, disfrutaba de su misión formadora, y gozaba con la felicidad de los demás, dejando en cada discípulo una semilla de esperanza, abonada con la palabra de Jesús.

De él, es posible decir que desde su adolescencia, cuando atendió el llamado del Señor para consagrar su vida a Él y al servicio de los demás, no vaciló en dar una respuesta con su carácter enérgico, y así, con toda su recia personalidad, cumplió hasta último momento el compromiso de educar en el Evangelio.

Una forma de enseñar era mediante la espiritualidad de nuestra pedagogía y la pedagogía de nuestra espiritualidad. Comprobamos lo anterior en el Boletín Identidad Corazonista (IDENCOR), notas pedagógicas dirigidas a los profesores. que redactó personalmente e hizo circular entre las comunidades educativas de la Provincia de Colombia. hasta el último día de sus facultades mentales y corporales.

Sí. al final de sus días (julio de 2007), elaboró el último documento que solía enviar periódicamente a todos los operarios que trabajan con el material más noble de la creación Divina: los niños y jóvenes.

El Boletín N° 20 es un modelo de evangelización pedagógica. No lo dijo explícitamente. pero estamos seguros que lo escribió fortalecido en la inspiración Divina. Con su experiencia de maestro de toda la vida, nos ha dejado su testamento,

su más sentido y afectuoso regalo paternal y fraterno al mismo tiempo. Verdadera lección de periodismo cristiano. en manos de quien supo enseñar la buena noticia de Jesús.

He aquí el texto de tan maravilloso e invaluable legado.



Identidad Corazonista
Boletín N° 20, julio de 2007

Queridos amigos:

¡Cómo me agrada poder volver a reunirme con ustedes, aunque sea de manera virtual!

Mi deseo es que gocen de plena felicidad, alegría y satisfacción personal: mayor plenitud en la realización de nuestra propia persona y de las de aquellos que nos son encomendados. El meollo de nuestra misión de educadores católicos corazonistas sigue siendo que seamos felices y hagamos felices a los demás. Es lo que nuestro Padre celestial más desea para nosotros. Así nos lo hace saber Jesús en el sermón de la montaña: “Bienaventurados”, es decir, felices los que quieran ser pobres, pacientes, misericordiosos... y hagan el esfuerzo por lograrlo (Mt 5 3-12). ¡Cuántas veces olvidamos aquellas palabras que el V Hermano Policarpo repetía: ‘Amigo, quiero verte sonreír’. Que significa lo mismo que aquella famosa y conocida frase de Don Bosco: “Un santo triste es un triste santo”. que solía repetir cuando le hacían notar que sus muchachos hacían mucho ruido con sus charlas y risas.

De nuestra espiritualidad corazonista debemos aprender sus consecuencias pedagógicas, que deben ir perfectamente hermanadas: la espiritualidad de nuestra pedagogía y la pedagogía de nuestra espiritualidad. Nuestra espiritualidad es Jesucristo, y el Evangelio nos recuerda que ésta brota del corazón abierto del salvador. Como dice san Juan: “Mirarán al que atravesaron”. (Jn 19 37). Y el mismo Jesús, con su característica sencillez y claridad, nos dice: ‘Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón’.

La ternura que manifiesta la persona de Cristo con los demás, sobre todo con los pecadores, debe reflejarse en nuestro trato con nuestros alumnos, especialmente con los más difíciles. Cuando decimos ternura, es ternura lo que tenemos que manifestar en el trato con ellos.

Crecimos y vivimos en una sociedad machista, en la que los hombres no lloran, tienen que ser fuertes. no pueden mostrar sentimientos, pues todo eso es tildado de blandenguería. Vivimos en una sociedad, en la que a los hombres nos da pena” mostrar nuestros sentimientos más humanos. Jesús no tiene ningún inconveniente para mostrarse como modelo de mansedumbre y humildad. Mansedumbre, ternura y amabilidad son las características de la vida de Cristo. Sin embargo nosotros nos creemos más que Él y tildamos esas actitudes de debilidades y blandenguerías. “Dejad que los niños vengan a mí”... los niños, los jóvenes, los mayores y los ancianos; todos en esta sociedad necesitamos una mano amiga que nos ayude, nos dé su apoyo y nos sostenga en nuestro incierto caminar. ¡Cómo se agradece una palabra amable en el momento oportuno! ¡Una palmadita en la espalda en momentos de indecisión! ¡Una mirada cariñosa y comprensiva en momentos difíciles y críticos de la vida! Pequeños gestos, pero que suelen ser más elocuentes y efectivos que los más altisonantes discursos, peroratas y cantaletas. Con nuestros alumnos, si queremos orientar su voluntad. tenemos que ganar su corazón, Desgraciadamente, o gracias a Dios, no hay más camino. Nuestros alumnos, según su edad, están en una etapa en la que su “razón” está desarrollándose. Por eso habrá muchísimas de nuestras razones, que para ellos no tienen sentido, y será inútil la exposición que hagamos de ellas por muy elocuentes que sean. porque no entenderán nada aunque digan que sí. En cambio, una pequeña muestra de cariño, de comprensión, de afecto, si es sincera, consigue de ellos lo que se quiera. El Hermano Policarpo insistía en que tenemos que empeñarnos en hacer amar la disciplina y el orden, y esto sólo se consigue con amabilidad y mucho cariño. Pero “cuidado”, ese cariño debe ser sincero, verdadero, nacer del alma y expresarlo con todo el ser. No sólo tener actitudes de cariño, sino ser cariñosos. Los alumnos distinguen claramente entre una muestra de cariño y una apariencia, aunque vaya revestida de mucha “educación”.

Nuestras actitudes y amabilidades para con nuestros alumnos. sobre todo los más difíciles, deben ser claras y pertinentes. Deben nacer de lo más profundo de nuestro corazón, de tal manera, que será imposible aparentarlas si realmente no forman parte constitutiva de nuestro ser.

Nadie puede dar lo que no tiene. En estas cuestiones del espíritu y del saber, sólo podemos comunicar lo que desborda de nuestras personas.

Somos como un fruto sazonado por la rica savia del sacrificio y de la experiencia, cuyo aroma y sabor se brinda a todos, especialmente a los niños y a los alumnos.

Es por eso, que el V. Hermano Policarpo se atrevió a pedirnos: “Sed, en todas partes, buen olor de Cristo”.

Las personas mayores tenemos la obligación de llamar la atención y corregir a los niños cuando hacen alguna cosa incorrecta. Y hay que esforzarse en cumplir esa faceta tan importante y, a la vez, tan molesta y desagradable de la formación. Pero, también tenemos el sagrado deber de hacer brotar y florecer sus virtudes y múltiples cualidades, que también las tienen. ¿Qué quiero decir con esto?

Muy sencillo. Que tenemos que hacer, cada día, el ejercicio programado de reconocer, en algunos alumnos, sus cualidades, especialmente de los que “nos caen menos bien”... Si nos hicieran un examen con esta pregunta: ¿Cuáles son los tres defectos más sobresalientes de cada uno de los alumnos de mi curso? Muy posiblemente la lista de tres nos parecería pequeña. Pero si la pregunta fuera sobre las cualidades más sobresalientes de los alumnos, más de uno nos llevaríamos una gran sorpresa. Sin embargo, en nuestras clases teóricas hablamos de la ventaja del elogio, del reconocimiento, del premio y de cómo el estímulo es más efectivo que la represión, y otras muchas lindezas que se oyen por estas aulas de Dios.

Nuestra práctica no concuerda con nuestra retórica teoría. Y, así, perdemos toda credibilidad y nuestro esfuerzo formativo y educativo sobre los alumnos, no sólo se debilita sino que, la mayoría de las veces, se desvanece y se esfuma por completo, convirtiéndose en antitestimonio.

Toda la Sagrada Escritura está llena de testimonios elocuentes de la misericordia, del amor y del perdón de Dios. Leámosla con frecuencia y empapémonos de su contenido, viviendo nuestra vida cristiana como Jesús: siendo testigos del amor del Padre.

No es posible que la intransigencia y la rigidez de los hombres, fruto de un siglo de jansenismo, puedan más que toda la Sagrada Escritura y que la doctrina y devoción al Corazón de Jesús. “Jesús es el camino, la verdad y la vida”. Él es nuestro maestro y modelo. Él es también nuestra fortaleza.

Por eso, llenos de fe y confianza. le rogamos diciendo:

**JESÚS. MANSO Y HUMILDE DE CORAZÓN.
HAZ NUESTRO CORAZÓN SEMEJANTE AL TUYO**

Ametur Cor Jesu

etur Cor Mariæ



**Educador con autoridad cristiana, alegre, humano,
enérgico, sencillo, humilde y tierno**

¿Qué facetas del Hermano Emilio López de Ipiña nos deja ver su último boletín? Al analizar su testamento espiritual, cada lector puede tomar a guisa de herencia, la parte que más llegue a su alma, o todo, porque este legado ha sido dejado por un ser pleno de generosidad y amor. Veamos:

Sin lugar a dudas, **el hombre maduro y afectuoso**, que empieza con el saludo: Queridos amigos.

La persona alegre, que a pesar de sus afecciones y dolencias desea que los demás: Gocen de plena felicidad, alegría y satisfacción.

El ser humano, que ha conseguido todo lo mejor en este mundo, y está seguro de ir a gozar de la verdadera vida. cuando desea a sus hermanos y amigos: Mayor

plenitud en la realización de nuestra propia persona y de las de aquellos que nos son encomendados. Plenitud que obtuvo el Hermano Emilio, en su Pascua (paso) de esta vida mortal a la eterna.

El verdadero cristiano, cuando advierte que: El meollo de nuestra misión de educadores católicos corazonistas sigue siendo que seamos felices y hagamos felices a los demás.

El religioso que ha cumplido la misión que el Sagrado Corazón de Jesús le encomendó en esta vida, con expresiones tales como: De nuestra espiritualidad corazonista debemos aprender sus consecuencias pedagógicas, que deben ir perfectamente hermanadas: la espiritualidad de nuestra pedagogía y la pedagogía de nuestra espiritualidad. Nuestra espiritualidad es Jesucristo y el Evangelio nos recuerda que ésta brota del costado abierto del Salvador.

El niño sencillo que todos llevamos dentro, cuando expresa: La ternura que manifiesta la persona de Cristo con los demás, sobre todo con los pecadores, debe reflejarse en nuestros alumnos, especialmente con los más difíciles. Cuando decimos ternura, es ternura lo que tenemos que manifestar en el trato con ellos. (El resaltado y subrayado es del propio Hermano Emilio).

En aquel momento se acercaron a Jesús los discípulos y le dijeron: «¿Quién es, pues, el mayor en el Reino de los Cielos?» El llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: «Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se humille como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos. Y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe. Guardaos de menospreciar a uno de estos pequeños, porque yo os digo que sus ángeles en los cielos, ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos.» (Mt 18 1-5, 10).

El adulto, que gracias a su madurez, no duda en comunicar sus sentimientos. y de paso, confirmar que Jesús, verdadero Dios, vino al mundo como verdadero hombre: *Crecimos y vivimos en una sociedad machista, en la que los hombres no lloran, tienen que ser fuertes. no pueden mostrar sentimientos, pues todo eso es tildado de blandenguería... Nos da "pena" mostrar nuestros sentimientos más humanos. Jesús no tiene ningún inconveniente para mostrarse como modelo de mansedumbre y humildad. Mansedumbre, ternura y amabilidad, son las características de la vida de Cristo.*

El psicólogo comprensivo que advierte: Los niños, los jóvenes, los mayores y los ancianos. Todos en esta sociedad necesitamos una mano amiga que nos ayude, nos dé su apoyo y nos sostenga en nuestro incierto caminar.

¡Cómo se agradece una palabra amable en el momento oportuno! ¡Una palmadita en la espalda en momentos de indecisión! ¡Una mirada cariñosa y comprensiva en momentos difíciles y críticos de la vida! Pequeños gestos, pero que suelen ser más elocuentes y efectivos que los más altisonantes discursos, peroratas y cantaletas. Con nuestros alumnos, si queremos orientar su voluntad, tenemos que ganar su corazón.

El educador justo y equitativo: Las personas mayores tenemos la obligación de llamar la atención y corregir a los niños cuando hacen alguna cosa incorrecta. Y hay que esforzarnos en cumplir esa faceta tan importante y a la vez tan molesta y desagradable de la formación.

El sembrador de esperanza: *Tenemos el sagrado deber de hacer brotar y florecer en los niños, sus virtudes y múltiples cualidades, que también las tienen. ¿Qué quiero decir con esto? Muy sencillo. Que tenemos que hacer, cada día, el ejercicio programado de reconocer, en algunos alumnos, sus cualidades, especialmente de los que “nos caen menos bien...”.*

«Suponed un árbol bueno, y su fruto será bueno; suponed un árbol malo, y su fruto será malo; porque por el fruto se conoce el árbol.» (Mt 12 33).

Somos como un fruto sazonado por la rica savia del sacrificio y de la experiencia, cuyo aroma y sabor se brinda a todos, especialmente a los niños y a los alumnos.

El experimentado y sabio pedagogo: *Nuestros alumnos, según su edad, están en una etapa en la que su “razón” está desarrollándose; por eso habrá muchísimas de nuestras razones, que para ellos no tienen sentido, y será inútil la exposición que hagamos de ellas por muy elocuentes que sean, porque no entenderán nada aunque digan que sí. En cambio, una pequeña muestra de cariño, de comprensión, de afecto, si es sincera, consigue en ellos lo que se quiera.*

El discípulo que supo aplicar la norma del Hermano Policarpo, *de quien recuerda: Insistía en que tenemos que empeñarnos en hacer amar la disciplina y el orden, y esto sólo se consigue con amabilidad y mucho cariño.*

El filósofo, que descubre la sabiduría en los niños, quienes nos enseñan el significado de un sofisma: Los alumnos distinguen claramente entre una muestra de cariño y una apariencia, aunque haya revestida de mucha “educación”. Nuestras actitudes y amabilidades para con nuestros alumnos, sobre todo los más difíciles, deben ser claras y pertinentes. Deben nacer de lo más profundo de nuestro corazón, de tal manera que será imposible aparentarlas si realmente no forman parte constructiva de nuestro ser.

El periodista evangelizador: Nadie puede dar lo que no tiene. En estas cuestiones del espíritu del saber, sólo podemos comunicar lo que desborda de nuestras personas.

El verdadero cristiano, testigo del amor y la generosidad del Padre: Toda la Sagrada Escritura está llena de testimonios elocuentes de la misericordia del amor y del perdón de Dios. Leámosla con frecuencia y empapémonos de su contenido, viviendo nuestra vida cristiana como Jesús: siendo testigos del amor del Padre, Jesús es el camino, la verdad y la vida. Él es nuestro maestro y modelo, Él es también nuestra fortaleza.

Defensor de los Derechos de los Niños, pero también, promotor de los Deberes de los Niños

Educad a los niños y no tendréis que educar a los adultos.

Abraham Lincoln.

Esta máxima del ex presidente de Estados Unidos, quien precisamente en la Guerra de Secesión hizo aprobar la abolición de la esclavitud en 1863, confirma que la ignorancia es la peor de todas las esclavitudes.

Otros autores y comentaristas, incluido un director general de la Policía Nacional de Colombia, optaron por una máxima más precisa y estricta, cuya autoría ha sido atribuida a Pitágoras:

Educad a los niños, y no tendréis que castigar a los hombres.

Vimos en el último boletín IDENCOR, el llamado que hacía a los pedagogos para aprender de Jesús que es manso y humilde de corazón.

Con seguridad, el Hermano Emilio escribió sus últimas notas con el alma. Por eso, no basta leerlas una sola vez, sino muchas, para que nuestro espíritu se nutra de la profundidad de la palabra de quien supo ir a la fuente de la pedagógica revelación, Jesús, el paradigma de la educación, quien jamás se ufano de ser sabio, y, al contrario, supo dar la mejor lección de sencillez y humildad.

En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo y dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a los ingenuos. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito». Lc. 10 21.

En muchas ocasiones, el Hermano Emilio, defensor de los Derechos del Niño, aprobados por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 20 de noviembre de 1959, solía comentar con la autoridad del pedagogo justo, que es frecuente encontrar en hogares infantiles, casas vecinales, escuelas, universidades, hospitales e iglesias, cartelones que recuerdan a los adultos, LOS DERECHOS DE LOS NIÑOS. Esto está muy bien, decía, pero insistía en la necesidad de instruir a padres de familia, profesores y por supuesto a los mismos niños, acerca de sus Deberes, consignados en el Código del Menor (ley para la infancia y la adolescencia en Colombia).

Deberes de los niños, niñas y adolescentes.

El Estado, a través de sus instituciones, los medios de comunicación, la familia y la comunidad en general, promoverá el fomento de valores y principios a fin de que los niños, niñas y adolescentes puedan cumplir con los siguientes deberes:

- Honrar a la Patria a través del respeto a sus símbolos, héroes y heroínas.
- Valorar y respetar la familia como núcleo social, honrando y obedeciendo a sus padres o responsables, quienes, a su vez, deben aceptar y respetar sus derechos y no contrariar el ordenamiento jurídico.
- Actuar con apego a los principios de la convivencia democrática, solidaridad social y humana.
- Respetar la libertad y diversidad de conciencia, pensamiento, religión y cultura.
- Cumplir con sus responsabilidades escolares (hacer y presentar sus trabajos, lecciones y exámenes correctamente); familiares y comunitarias. (la cursiva resaltada era una observación que repetía el Hermano Emilio).
- Contribuir y respetar las leyes, a igualque cualquier otro deber establecido en las mismas.

Insistía en que los niñas, niñas y adolescentes, deben comprender y aceptar la necesidad de llegar a ser buenos ciudadanos. Cómo? Acatando las normas anteriores, siguiendo el consejo y buen ejemplo de sus padres, y la formación cristiana y académica recibidas de sus educadores, observando buena conducta y modales tanto en su hogar como en la institución educativa.

Testimonios

Mi recuerdo del Hermano Emilio López de Ipiña

Hermano Germán Sáenz de Zaitegui

Llegó joven a Barranquilla, casi a los inicios, lleno de vida, brío y con ganas de llevarse el mundo por delante.

Para él, como para todos los que llegamos, verdaderamente, Barranquilla era un mundo Nuevo, por su gente, por su clima, por sus frutos, por los jóvenes y su forma de ser, una ciudad distinta a lo que estábamos acostumbrados: “El nuevo mundo”.

Emilio pronto comenzó su relación y trabajo con los alumnos. Tal vez casi lo primero que aprendió fue dónde se encontraba su salón de clase. La entrega y el interés total con las dificultades inherentes a un recién llegado y con la poca experiencia de los que llegaron antes. No es de extrañar que tuviera dificultades de comprensión, como las tuvimos todos: No entendíamos a los alumnos, su lenguaje, pero casi ni ellos nos entendían. Con todo el entusiasmo, no se arredró y trabajaba con todo el interés por tratar de comprender a los estudiantes superándose poco a poco.

No somos aves de paso, pero la obediencia nos lleva allí donde nos necesiten y Emilio se fue para Bogotá. ¿Para dónde no se fue a lo largo de su vida? Bogotá, Coca, Copacabana, Támara, Medellín, Popayán, Marinilla, donde le mandara la obediencia. Y Emilio se hizo querer en todas partes a pesar de su carácter un tanto impulsivo. Y el trabajo nunca lo encontró descansando porque parecía que las jornadas no tenían suficientes horas para tantas cosas con las que se comprometía.

Ya, Director Regional, sus jornadas continuaban igual, mejor dicho, se alargaban. Obras en un lado, compromisos en otro, fundaciones por acá y además su preocupación por convivir y dirigir a sus Hermanos. Vida plena. No soy testigo privilegiado de su vida sacerdotal, algunos ligeros contactos no más pero conociéndole un poco, puedo afirmar que Emilio era Hermano sacerdote, al servicio de sus Hermanos y del apostolado juvenil colegial. Y al final de su vida, la cruz purificadora que el Señor manda a sus amigos, según testimonio de Santa Teresa. Cruz pesada que con la ayuda del Sagrado Corazón la llevó con

resignación y alegría hasta el final, pues a pesar de todo lo que sufría, continuó siendo el Hermano Emilio hasta cuando el Señor se lo llevó a recibir el premio eterno como “Siervo Fiel”. Descansa en Paz, Hermano Emilio.

Emilio López de Ipiña Dimensión intelectual

Germán Marquínez Argote

Conocí a Emilio López de Ipiña en el año 1969. En enero de 1973 inicié mis clases de filosofía en el Colegio Antonio Nariño de Bogotá, regentado por los Hermanos Corazonistas y dirigido entonces por el Hermano Ipiña, que es como lo llamábamos todos con afecto y respeto. Alavés como yo. hicimos una amistad durante los pocos años de mi profesorado en el Colegio, antes de dedicarme en tiempo exclusivo a la docencia universitaria. Aunque posteriormente hayamos vivido lejos el uno del otro. nuestra amistad ha durado toda la vida, que para Emilio acaba de terminarse. He sentido el dolor de su pérdida, pero me alegra saber que como los buenos atletas. aun sin sus piernas. pudo consumir con alegría la carrera de esta vida: *Cursum consumavit*.

Lo primero que cabe destacar en la persona del Hermano Ipiña es su gran corazón, que le permitía acercarse a las más diversas personas para comprenderlas y ayudarlas. Por ello lo querían tanto los educandos como los educadores y las familias de unos y otros. ¡Cuántos problemas materiales y espirituales resolvió desde la rectoría del colegio, cargo que ejerció con sencillez y eficacia sumas! Pero mi tema no es la dimensión cordial de su praxis educadora. sino su dimensión intelectual. Es, al menos, lo que me han pedido para este homenaje.

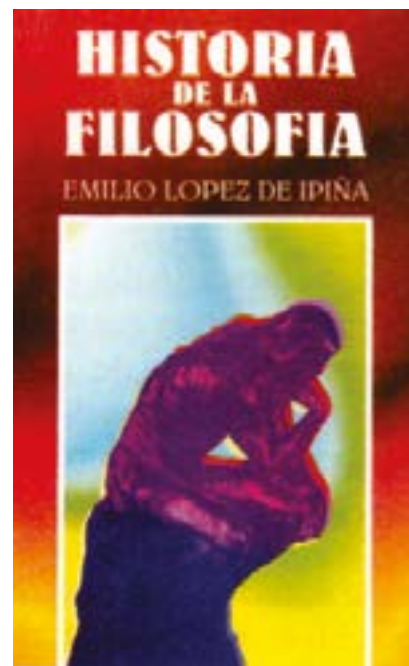
Emilio era un lector empedernido que se interesaba por toda clase de temas. Leía especialmente libros de carácter científico, filosófico y teológico, llegando a tener una formación intelectual vasta y profunda. Creía, por ello, que el cultivo de la inteligencia debía ser una de las tareas ineludibles de la educación. De aquí sus desvelos por elevar el nivel intelectual del Colegio Antonio Nariño, que llegó a ocupar durante muchos años uno de los cinco primeros puestos en el escalafón educativo a nivel nacional. El equipo de profesores era excelente. Muchos profesores universitarios dedicaban unas horas al colegio por amistad con su rector. ¡Qué orgullosos y agradecidos se sentían hacia el colegio y hacia el Hermano [piña los bachilleres egresados, cuando pasaban con nota alta los exámenes de ingreso en las mejores universidades del país!

El Hermano Ipiña no sólo leía mucho. era también un excelente escritor. Como dominaba la historia de la filosofía, lo invitamos en la editorial El Búho de Bogotá a formar parte del grupo de escritores que confeccionó el texto de filosofía (para

10° y 11°) con el título Filosofía en perspectiva latinoamericana. Posteriormente, en 1987, la misma editorial le publicó una excelente síntesis de la Historia de la filosofía, que ha tenido varias ediciones. Me dicen dejó otros muchos escritos sin publicar. Yo invito a los Hermanos Corazonistas a que con los mejores inéditos de su legado intelectual conformen un libro, que agradeceremos cuantos le conocimos y quisimos.

Finalmente, quiero destacar que fue el primer Hermano Corazonista en Colombia con vocación sacerdotal, que mereció ser consagrado presbítero por Monseñor Germán Villa Gaviria, Arzobispo de Barranquilla, el 23 de mayo de 1982.

El Hermano Ipiña permanecerá siempre vivo en el recuerdo de muchos que lo conocimos como persona cabal, como intelectual y como amigo.



El Hermano Emilio en perspectiva de humanidad, de fe y de comunidad

Luis José González Álvarez

El grato recuerdo del Hermano Emilio López de Ipiña, teñido por el dolor de la enfermedad que marcó los últimos años de su vida, quisiera dibujarlo como fuerza inspiradora de una reflexión sobre el sentido de la vida humana. Los amigos que apreciamos de verdad, como es el caso del Hermano Emilio, dejan su huella en nuestra propia vida, ayudan de algún modo, con su testimonio al me-nos, a formar nuestra personalidad. Tuve la suerte de trabajar varios años, entre 1975 y 1980, como docente en el Colegio Antonio Nariño bajo su dirección; allí pude apreciar directamente sus extraordinarias cualidades humanas y de educador. En esos años, además, él nos brindó todo su apoyo, con el entusiasmo que siempre le caracterizaba, cuando estábamos iniciando un proyecto editorial con textos de Filosofía para Bachillerato y lecturas universitarias, que se convertiría en la Editorial El Búho. En ella fue publicada su valiosa síntesis de Historia de la Filosofía.

Aquella frase que solemos decir “nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde”, me mueve a hacer ahora que ya no lo tenemos presente una valoración del significado de su vida en una triple perspectiva, para apreciar con mayor profundidad el sentido de la vida humana en dimensión de fe. En perspectiva de humanidad, siempre admiré en el Hermano Emilio su espíritu emprendedor, la firmeza de sus convicciones y su fortaleza para afrontar obstáculos y adversidades, su voluntad de reconocer los valores en los demás, tanto colaboradores como estudiantes, y la confianza y comprensión que facilitaba a todos el acercamiento a él sin temor. Prudencia, equidad y magnanimidad caracterizaban, además, su talante como director. “Difícil de alcanzar es, en verdad, la vida humana”, reza un viejo proverbio oriental. Algunos, como el Hermano Emilio, se acercan bastante a esa meta.

Si en un segundo momento contemplamos su humanidad desde la perspectiva del hombre creyente, la naturalidad con que estas virtudes configuraban su personalidad se debía a que ellas eran alimentadas por el Espíritu de Dios. Sin hacer alarde de su fe profunda, la vivía y la testimoniaba. Era un trabajador del Reino, convencido de que sus proyectos, las obras que emprendía y su vida misma estaban en las manos de Dios; de ahí, por un lado, su grandeza de corazón y, por otro, su humildad y el buen humor con que sazonaba espontáneamente cualquier conversación para restar importancia a las dificultades y contrariedades humanas;

de ahí también su laboriosidad sin descanso, intelectual y administrativa, como si fuesen escasos los días y las horas para realizar tantos sueños y responder a tantos compromisos: vitalidad sobreabundante alimentada sin duda en el Espíritu de Dios que él vivía con el particular carisma corazonista del “Corazón Divino de Jesús”.

Entramos así en la tercera perspectiva, la vida como religioso en comunidad. Animaba su vida el espíritu de comunidad que por vocación había elegido en el Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón. La consagración de su vida al Amor, a través de la imagen religiosa del Corazón de Jesús, fue sin duda el motor inagotable de su consagración diaria a la labor educadora en cada uno de los colegios que la Comunidad Corazonista construyó en Colombia, los mismos en que él entregó día tras día su vida. La vida en comunidad, con espíritu de fraternidad y desprendimiento, es la mejor expresión visible del Reino de Dios, ese ambiente de amor y entrega a los hermanos que coloca el bien y los intereses de la comunidad por encima de los intereses particulares.

“El hombre es más duro que el hierro, más fuerte que la piedra y más frágil que una rosa”. En este proverbio turco hallo expresado el sublime y trágico misterio de la Vida que el Hermano Emilio encarnó al saborear los extremos: la vitalidad que construye con fortaleza, nos hace confiar en nuestras fuerzas y convierte los sueños en realizaciones, y la enfermedad que nos purifica en el desprendimiento de toda aspiración terrenal nos recuerda que todo hálito de vida está en las manos de Dios y termina por disolver nuestra existencia en el misterio del Cuerpo Místico, del Cristo Cósmico, del Dios de la Vida, con la esperanza de la Resurrección. Sobrecogido ante el misterio de esa paradoja que es nuestra existencia, construida con fuerza que parece inquebrantable y asumida, a la vez, con la conciencia de su fragilidad, concluyo esta reflexión bendiciendo al Dios que inspiró y animó los pasos de Emilio y le pido que el espíritu de este hijo suyo y hermano nuestro, de este gran educador, se mantenga vivo en nosotros y nos anime a construir humanidad y vivir el Reino como él lo hizo.

Su amor al instituto

Hermano Ramón Luis García

Cada vez que me encontraba con él, en mis visitas como Consejero General, me pedía noticias del Instituto y me preguntaba por Hermanos que él había conocido. Me pedía que le enviara por correo electrónico todos los documentos referentes al Instituto y, en particular, si había algunas cosas nuevas sobre el Padre Coindre y el Hermano Policarpo.

Cuando se agudizaron los problemas de la vista, me pedía circulares, documentos del capítulo para poder ampliar el tamaño de letra y leerlos con más facilidad. En la visita que le hice en el mes de abril, le entregué la documentación referente al último capítulo.

A un amigo

Que poseía un estilo peculiar de pedagógica y constructiva sanción a los alumnos indisciplinados.

Diego Gómez. ex alumno y profesor
Colegio Antonio Nariño y Colegio Corazonista Bogotá.

Emilio López de Ipiña Aizpuru, preguntarán ustedes: ¿quién era esa persona que el profesor Diego nombra con tanto respeto, vehemencia y admiración?

Les voy a contar la grandeza de un hombre grande. la inmensidad de uno de los Hermanos más venerados por la comunidad, más aceptado por los alumnos y profesores, de quien sólo se atreven a expresar su cariño y respeto, hacia quien siempre les tendió la mano, sin esperar nada a cambio, a no ser que fuera algo a favor de la misma persona o de algún alumno.

De ellos, los alumnos, solía decir que están por encima de todo, a quienes se les debe brindar respeto y aprecio, dignos de total confianza en su capacidad de superación. Y a sus profesores, a quienes aconsejaba que una benevolencia unida a una delicada exigencia, lograría más frutos que nuestras acritudes y gritos.

Fue él, nuestro guía pedagógico y espiritual, el alma y nervio de la comunidad. por su forma tenaz de trabajar. Aún en sus últimos días. cuando ya sus años mozos se habían ido, las canas habían teñido su pelo y su salud había menguado, sacó fuerzas de flaqueza para continuar dándonos ejemplo de su infatigable trabajo. Parecía tener un motor espiritual que siempre llevaba escondido en su corazón, envidiado por más de uno, con ese sano deseo de haberlo emulado en su fortaleza, sabiduría, misericordia, generosidad y amor hacia todos los que le rodeábamos, en especial a nuestra amada Colombia.

Era ejemplar su predilección por la literatura. Destacado jugador de frontón a mano limpia. el marro, el calderón y las canicas. Entre estas últimas distracciones pasaba sus recreos.

Leía todas las buenas obras que caían en sus manos. Más de una vez faltó a sus deberes porque un pasaje importante lo mantenía absorto hasta concluirlo. Tan pronto llegó a Colombia, en 1960, se entregó al servicio de la comunidad infantil.

Todos los que lo conocimos tenemos grabada una anécdota, imborrable porque se trataba de un estilo peculiar de pedagógica y constructiva sanción a los alumnos indisciplinados. Los fines de semana nos citaba al Colegio Antonio Nariño-HH. Corazonistas, y allí, después de habernos castigado con un desayuno compuesto por chocolate espeso, pan en grandes cantidades, dos o tres vasos de jugo, tortillas que él mismo había preparado, jamón y algunas tabletas de chocolatinas, nos dirigía a la granja del colegio. Allí, luego de una explicación que no iba más allá de tres palabras, todos teníamos que limpiar las sementeras para sembrar berros, zanahoria, cilantro y otras verduras. Luego nos hacía recoger brevas y curabas. ¿El castigo terminaba ahí? No. Teníamos que recitar la lección, motivo del castigo. El que no la dijera como él quería, cosa que ocurría con frecuencia, repetía castigo a la semana siguiente. Y, así, poco a poco, terminaba el curso, dando siempre los siguientes consejos a los profesores:

Que su misión fundamental era la de ser sembradores de esperanzas; que los alumnos tienen mil anhelos e ilusiones que acarician en su interior y no saben muy bien cómo hacerlos realidad; que cuantas veces su mirada inocente esté perdida, está pidiendo a gritos el consejo oportuno y estimulante de un profesor identificado con él; que cuantas veces ese hervidero de sensaciones encontradas en los muchachos, y actitudes contradictorias que ni ellos mismos entienden, ni se explican, los hace reaccionar de una manera grosera y fuerte, maneras que por supuesto no están bien, pero que el maestro, buscando la causa que las motivó, sabe suavizar y atemperar; que no bastaba lo que se dijera en clase, porque nuestros alumnos creen en nuestras obras, y si éstas son creíbles, también creerán en nuestras palabras.

Permanentemente nos recordaba que son nuestras actitudes profundas hacia ellos, las que despertarían y animarían su confianza, actitudes de comprensión, de apoyo, ayuda y real exigencia; son las que despertarían en ellos su apertura, acercamiento, respeto y cariño.

¡Gracias!

José Francisco Barca Ojeda
Exalumno Corazonista 1986

Corría el año 1986, y por buen tipo, mi papá me envió al Seminario San José de Támara.

Ese año iba a ser el último de la comunidad en este lugar después de muchos años de trabajo.

Para esta entrega del Seminario, fue el Hermano Emilio quien llegó a Támara como encargado de la comunidad. Lejos de dedicarse a dejar la sede y encargársela, Ipiña acometió todo tipo de obras en el viejo edificio. Levantó no se cuantos muros, y junto con el Hermano Cruz se inventaron 3 huertas imposibles por la ubicación; remodelamos y pintamos todo el Seminario...En fin, fue un año de arduo trabajo. Siendo yo un niño, no podía dejar de maravillarme por el espíritu de lucha y entrega que, día a día, Emilio nos transmitía.

Muchos en el pueblo se preguntaban por qué si los Corazonistas se iban, le gastaban tanto al Seminario. Simplemente, era la forma de agradecer y de mostrar que, hasta el último momento, las cosas deben hacerse bien, sin importar qué pase mañana, ni lo que venga.

Igual eran sus sermones: cortos, meditados y con un mensaje siempre claro de fe y alegría de ánimo para continuar con la obra de Jesús.

Me considero un afortunado por ese año en el que aprendí mucho de un grande que con espíritu, tesón y lucha, hace que todo sea posible.

¡Gracias!, Hermano Emilio, ¡muchas gracias!

Hermano y amigo

Rosaura Rizzo Madrid
Ex alumna y bibliotecaria del Colegio del Sagrado Corazón
Calle 74 Barranquilla.

Cuando me pongo a pensar
cuánto dolor sufriste,
dejo de sentir tristeza
porque tú te fuiste.

Eras nuestro hermano
y más querido amigo,
porque, cuando te necesitamos,
siempre encontramos tu cariño.

Sin decir palabra alguna,
lograbas que asimilaran
la filosofía de la vida,
de tu vida consagrada.

Por eso, hoy quiero decirte
que tu vida no fue en vano,
que todo lo que sufriste,
fue por amor, hermano.

Amor a tu familia corazonista:
hermanos, alumnos, profesores,
que hoy lloramos tu partida,
y extrañamos tus amores.

Pero sabemos que allí donde estás,
estás feliz, amigo,
porque no te hace falta nada,
y tu dolor ha desaparecido.

Con el tiempo, mi corazón
sentirá felicidad,
de saber que tu heredad
está al lado de Dios.

Un educador justo y equitativo

Alexander Reyes R.

Carta abierta a una persona que significó mucho en mi crecimiento personal.

El hombre es como un reloj viejo de cuerda, al cual hay que darle cuerda cada vez que se le agote la batería.

Cuando el profesor esté frente a la fila, que el alumno sienta que usted está ahí, basta sólo con una mirada o un gesto...

Cierto, Nohora, ¿cuántas veces lo he dicho y lo he repetido? ...

Sí, hay que decirlo todos los días, hay que hacerlo...

Frases y palabras sueltas se escuchaban en su vida, eso sí, siempre con una sonrisa en tus labios.

Patrón se fue, Papá Dios se acordó de usted.

Usted no sabe la falta que nos hace, pero sé que era lo mejor, la voluntad de Dios todopoderoso es la que se cumple.

Muchas enseñanzas me dejaste, lo que soy hoy en día te lo debo a ti patrón, trato de imitarte siempre, ser práctico para resolver problemas, como cuando ese abogado pretendía dejarme muy mal parado ante la comunidad y tú, en esa reunión, esperaste pacientemente que se despachara en contra mía. En ese momento sentí que hasta ahí llegaba yo en la institución que me lo dio todo. Pero tú, sereno y muy sobrio le contestaste: al profesor Alex le pago para que haga eso. Tú no sabes lo que yo sentí, porque yo no había hecho nada.

○ como cuando me diste la oportunidad de trabajar. Tengo 16 horas, ¿te sirven? Entonces, ven el 15 de enero. No me dejaste ni expresarte mi agradecimiento y mi alegría.

○ cuando nos servías la sangría y hacías sonar esas guitarras en la biblioteca vieja...

○ cuando me pusiste a dar en los séptimos grados matemáticas y biología. ¡Qué cosa tan elegante! ¡A estudiar y preparar matemáticas todas las noches! Pero no

sabes todo lo que me ha servido... Estas anécdotas y muchas, pero muchas más quedarán grabadas en mi recuerdo.

Patrón, para mi siempre fuiste un sabio, un segundo papá y un grana migo. Te llevaré siempre presente en mi corazón. Hermano Emilio, tú no sólo serás un buen recuerdo, serás mi gran **MAESTRO**.

Todo un personaje... un gran amigo

Sebastián Cervantes, profesor
Colegio Antonio Nariño - HH. Corazonistas.

Conocí al Hermano Emilio López de Ipiña en 1965, cuando me entrevistó para entrar al colegio como docente de 5o. de primaria. Hubo muchas anécdotas durante el tiempo que trabajé con él, hasta el año 1975, cuando por primera vez me retiré del colegio.

Pero recuerdo con especial cariño y humor lo sucedido a finales de 1971. Mi hermano estaba en 5° de bachillerato y llegó al curso un nuevo profesor de francés (la promoción de ese año fue una de las más sobresalientes). Justo en el instante en que había bastante desorden entre los alumnos acertó a pasar frente al salón el Hermano Emilio. Entró a poner calma y con fuerte voz les impuso una sanción: Me traen conjugados para mañana 500 verbos en francés. Mi hermano, en un tono de cierta irreverencia, le contestó: y, ¿cómo los quiere, regulares o irregulares? La reacción fue inmediata: Queda expulsado del Colegio; que su acudiente se haga presente para hablar conmigo; y de paso, le digo que su hermano no es su acudiente. En definitiva, tuve que buscar un acudiente: mi esposa, quien debió ir al colegio a hablar con el Hermano Emilio. No la recibió en toda la tarde, la mandó ir al día siguiente y, después de una larga espera, con una sonrisa, le dijo que el muchacho no estaba expulsado; *simplemente le daba una breve suspensión y ¡hasta luego!*

En otra ocasión me llamó a la casa y me citó inmediatamente al colegio. Una vez llegué, me dijo: *He decidido que este año vayas a trabajar al Colegio de El Carmelo. Yo sólo atiné a decir: ¡Cómo así que me voy a El Carmelo! E impulsivamente me dijo: Mira, la rectora del colegio es muy amiga mía y me ha dicho que le recomiende unos profesores, y tú estás entre ellos. Cuando vio mi cara de susto, me dijo tranquilamente: No te preocupes, en El Nariño vas a trabajar hasta las 12, y te vas por la tarde a El Carmelo.*

Después, estuve muchos años sin verlo y en el año 2005 supe que estaba en Barranquilla. Cuando fui a dicha ciudad a visitar a mi hijo, lo llamé por teléfono: *...Ipiña, hablas con Sebastián, ¿te acuerdas de mí?* Su respuesta fue: *Yo conozco sólo a un... que se llama Sebastián.* Fui a visitarlo y durante la charla me dijo: *Esto hay que celebrarlo. Y sacó una botella de vino y un buen trozo de jamón serrano. Oye, que tú no puedes beber*” —le dije, en razón de su enfermedad—. Su respuesta,

como siempre, no se hizo esperar: *Ya me han quitado todo lo que me sobra* (ya le habían amputado las dos piernas).

Él era así, precipitado; a veces, irreverente; a veces, fuerte, pero siempre una gran persona, un buen amigo y un ser con quien se podía hablar fácilmente de tú a tú.

Paz en su tumba.

A mi entrañable rector y amigo que partió hacia la eternidad

Silvia Omaira Castillo

Docente del Colegio Antonio Nariño-HH. Corazonistas

En el transcurrir de los tiempos hay ocasiones en las cuales surgen palabras de agradecimiento porque tropezamos en la vida con personas tan maravillosas que dejan huellas imborrables y conquistan nuestros sentimientos más profundos, como las dejó en mí el hermano **EMILIO LÓPEZ DE IPIÑA**, un ser extraordinario que se adelantó en el camino que todos debemos recorrer.

Los recuerdos se agolpan en mi memoria desde el momento mismo de mi ingreso al Colegio **ANTONIO NARIÑO** como docente. Me hizo hincapié en el cumplimiento, puntualidad y responsabilidad; podía leerse en su mirada: rigidez, bondad, temple y carácter que permitían descubrir su profundidad interior; virtudes que sólo irradia una persona tan especial.

Hombre ilustre, amante del deporte, insigne escritor, admirable ser humano, valuarte cristiano, sensible, rebosante de paz transparente en sus acciones, religioso ejemplar, al punto que llegó a convertirse en el primer sacerdote Corazonista en Colombia. Podía expresar en pocas palabras la esencia de las cosas y llegó a constituirse en pilar del alma Corazonista; sonreía impartiendo justicia, servía a todos y era un digno exponente de honestidad y excelencia, destacándose por su ejemplar vida.

Era incansable su afán por sembrar, desde el ejemplo y la formación de valores, hasta elocuentes palabras que iluminaron la vida de todos los que tuvimos el honor de conocerlo. “Somos educadores cristianos, decía, porque somos personas que creemos que todo puede y debe estar mejor. Nuestra entraña de educadores cristianos consiste en ayudar a nuestros alumnos a configurar mejor su futuro, a recordarle que más allá de su presente se encuentra el sentido de la vida. Nuestra vocación es un proceso inacabable. Debemos permanecer en estado de inteligencia crítica respecto a todo lo que afecta al hombre. La vocación del educador cristiano es hermosa y es como la batería del coche: cuanto más camina, más se carga de energía para iluminar a los demás”.

Todos los encantos que le adornaban atraían a adultos, jóvenes y niños. Amaba con ternura y temple a todos sus congéneres. Siempre había en sus labios palabras

gracias, como: **A este muérgano hay que trancarlo...; refranes: Aunque la mona se vista de seda... mona se queda...**

Tuvo el don de vivir alegremente porque en el **Hermano Ipiña** se escondía **Dios**.

Ahora que estás en su Presencia intercede por todos los que. como yo. reconocemos cuán valioso fue tu paso por la vida.

DESCANSA EN PAZ... HERMANO EMILIO LÓPEZ DE IPIÑA.

Reconocer al hombre... ...que siempre decía la verdad, y se las ingeniaba para decirla sin ofender

Alfredo Palacio Suárez

Después que los amigos mueren, el sabor amargo de la pérdida nos hace reflexionar sobre su vida, su personalidad, y su talante espiritual y vivencial.

Tal es el caso del hombre Ipiña; del callado y sufriente Ipiña; del entrañable defensor de sus ideas; del recalcitrante maestro y apologetico religioso, quien con su vida y con su ejemplo siempre nos sirvió de guía.

Para muchos de sus escasos y polémicos litigantes epistemológicos y criteriológicos ha sido una pérdida irreparable. Quienes nos nutríamos de sus epítomes y comentarios “a pie de páginas” sufrimos hoy su ausencia.

Ese hombre “pequeño- reducido aún más por la adversidad de una implacable enfermedad siempre fue -grande”; siempre encontró el momento y las palabras para decirle al “otro”, de alguna manera. lo que casi que deontológicamente debía hacer y pensar.

El hombre que siempre decía la verdad se las ingeniaba para decirla sin ofender; el hombre que al comienzo se negaba a cualquier manifestación de afecto aprendió que los sentimientos no se podían ocultar; el hombre que siempre escribió a “máquina” aprendía a hacerlo por computadora.

Aprendió permanentemente. y lo que aprendía lo traducía casi que a lenguajes infantiles para que sus enseñanzas fueran fructíferas y a todo nivel: parecía que hablara al mismo tiempo para todas las edades y todos los niveles de conocimientos, y sabía a qué nivel de inteligibilidad le habían captado sus ideas. Por eso. no hablaba con todos sobre ciertos temas, reservándose en su silencio (más polémico aún que sus ideas) la verdad hasta encontrar las palabras adecuadas para expresarlas a ese particular interlocutor.

Aprendió quién era ese Jesús que alimentaba su vocación religiosa y le daba ese ardor y furor para enseñar la palabra sagrada; aprendió de Cristo a soportar su dolorosa e irreversible enfermedad y aprendió de su casi humillante ceguera física la visión de un mundo celestial que sólo Dios le muestra a los hombres privilegiadamente escogidos.

A propósito de quien sabía decir la verdad...

En infinitas ocasiones, el Hermano Emilio escuchaba con mucha atención las quejas, sugerencias e inquietudes de atribuladas personas. En verdad la escucha la hacía con esmerada atención. Permitía al interlocutor que sacara de su interior su andanada de cuitas, pensando éste, encontrar en las palabras de Emilio la panacea que aliviara todas sus congojas o que le proporcionara al instante una solución a sus problemas.

Daba oídos, aun por largos ratos, como si el tiempo no le importara. Una vez terminada la exposición, el visitante esperaba escuchar la tan anhelada solución, así fuera un sermón derivado de su gran sabiduría y caridad. La sorpresa saltaba al escuchar, por toda respuesta, un monosilábico interrogante: **¿y?**...

¿Qué había ocurrido para que la respuesta fuera tan solo una seca y cuestionante **“y”**?

Sencillamente, el Hermano Emilio había descubierto, con absoluta seguridad, después de una larga escucha, que la solución era fácil y la encontraba inmediatamente en los planteamientos del interlocutor, de modo que, aquella **“y”** venía acompañada de un silencio de fácil interpretación por parte de quien le preguntaba.

El visitante sabía que la solución estaba en sus propias manos.

Los silencios del Hermano Ipiña eran más elocuentes que sus palabras.

Un maestro en paciencia y sabiduría, con un corazón limpio entregado al servicio de Dios

José Jaime Tobón García
Ex alumno del Colegio Corazonista de Medellín

Intentar, porque sólo puede ser eso. escribir algo que pudiese acercarse al Hermano Emilio es tarea bien difícil. No hay pluma capaz de acercarse a lo que Emilio es... Siempre será.

A Emilio lo conocí cuando era yo apenas un niño, en Bogotá, con su sotana negra, sus gafas verdes que ocultaban unos ojos azules, claros. Siempre pausado, analítico y sincero.

Años más tarde, cuando lo tuve de profesor de filosofía, cuando fui subalterno de él. trabajando yo en la Biblioteca del Colegio Corazonista de Medellín, siempre tuve la oportunidad de gozar de su amistad. Nunca faltó de él la palabra, el consejo y la sonrisa oportuna, directa y franca a los acontecimientos que lo rodearon.

Emilio, el “mono”, como le llamaba, fue un maestro en paciencia y sabiduría: esa sabiduría que sólo se obtiene en un corazón limpio y entregado al servicio de Dios.

Emilio siempre será el maestro y amigo. Una persona así, nunca dejará de estar en el corazón de todos aquellos que lo conocimos.

Él ha marcado nuestras vidas con el verdadero sentido de ser CORAZONISTA. La vida se le ha marchado a su cansado y enfermo cuerpo. pero su vida se ha quedado condensada en nuestros corazones. No puede ser de otra manera.

Hermano Spina ya lo quisiera
mucho ojala este fallido,
de todos modos en el colegio
lo extrañan mucho.



MARÍA

ANGÉLICA

SERPENTERO

2-B

Nunca lo
olvidare
lo llevo
en mi
corazón

Un ser humano grande, humilde y sencillo

Hermano Gumersindo Cantón E

¡Qué difícil es resumir la semblanza de una persona! Pero más difícil es hacerlo cuando se trata de alguien grande de espíritu; de alguien que dejó una huella tan profunda en todos nosotros que será imborrable; de alguien que ha marcado muchas vidas de una manera auténtica.

Es difícil aceptar la partida definitiva de personas como Emilio, como Ipiña, pues así lo conocíamos de una manera más cercana. No sólo es muy difícil de aceptar, sino de entender, el que alguien que no ha vivido sino para hacer el bien en todas sus formas, ya no esté con nosotros.

Te acrisolaste a través del sufrimiento, de la lucha constante y de la firme preocupación por tus hermanos, por el trabajo realizado día a día, por el testimonio permanente y por la coherencia de tu vida.

Siempre vimos en ti aquella persona que está atenta y escucha los problemas de cada uno. Siempre, a través de tus lacónicas respuestas, y, a veces de tu silencio, sabíamos de tu apoyo y sentíamos tu cercanía.

Emilio, no nos queda sino agradecer a Dios el que nos haya dado la oportunidad de conocerte, de compartir contigo tantas cosas sencillas, de haber aprendido de ti un poco de todo, porque eras como el padre al que el niño ve lleno de sabiduría; de agradecer a tus padres y hermanos el que hayan renunciado a tenerte siempre cerca y que esta cesión haya permitido que muchas personas se hayan enriquecido espiritualmente por tu presencia. Gracias a ti, que no dudaste un solo momento en entregarte a Dios y al Instituto, para bien de todos y alegría de la Iglesia.

Cuando una persona grande, humilde y sencilla como tú, nos hace fácil la tarea de descubrir las virtudes que han quedado estampadas en todas y cada una de tus muchísimas y ejemplares obras.

Es tanto lo que habría por decir de ti que se podrían llenar muchas cuartillas. Sólo quiero repetir lo que ya he dicho: ¡Muchas gracias! ¡Qué Dios te tenga a su lado!

Plegaria y agradecimiento

Efraín Marín Aristizábal

¡ Señor!

Que esta obra sea para mayor honra y gloria tuya, y para bien del alma del Hermano Emilio López de Ipiña Aizpuru.

Que todos los que la reciban eleven una plegaria por el descanso eterno de quien supo responder generosamente a tu llamado. y lo entregó todo, dejando padres y hermanos para dedicar su vida a tu servicio, buscando la felicidad haciendo felices a los demás.

Que el legado de su vida ejemplar y de compromiso. sea una bendición y una invitación a recoger el testigo que él quiere entregar a quienes lo suceden en esta competición cada día más exigente. pero infinitamente recompensada al llegar a la meta en la casa del Padre Celestial.

Que desde tu reino, Señor, el Hermano Emilio consiga la gracia del llamado a muchos operarios que continúen la obra del Sagrado Corazón de Jesús, no sólo en Colombia. y en todos los países donde está su presencia, sino en otros lugares necesitados de la evangelización pedagógica.

Que los invitados comprendan. como él. que hay que vivir para servir en la mesa del Señor, con caridad, alegría y confianza en el premio eterno, porque tu bondad y misericordia no tienen límites.

Que los llamados a tu banquete se desprendan de todo lo terreno y descubran el significado de la perseverancia, a pesar de las dificultades, la debilidad humana, las exigencias, mortificaciones, sacrificios y obstáculos del mundo materializado.

Que con tu bendición llegue el agradecimiento a todas las personas que han contribuido con su aporte para la realización de esta obra.

Que en todo seas bendito. alabado y glorificado ¡Señor!

Ametur Cor Jesu